

VIAJES DE GULLIV



COLECCION APALUCE

COLECCIÓN ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

DECLARADAS DE UTILIDAD PÚBLICA POR R. O. DE 29 DE JULIO DE 1912

VIAJES DE GULLIVER
A
LILIPUT Y BROBDINGNAG



Varios guardias del Rey acudieron a sujetar el caballo

JONATHAN SWIFT

VIAJES DE GULLIVER

A

LILIPUT Y BROBDINGNAG

RELATADOS A LOS NIÑOS

POR

: : JOHN LANH : :

CON ILUSTRACIONES DE

F. M. B. BLAIKIE

*Duplicado
del N° 20236*



SEGUNDA EDICIÓN

EDITADO POR LA CASA ARALUCE
CALLE CORTES, 392 : BARCELONA

1701743

ES PROPIEDAD DEL EDITOR
CONFORME A LA LEY

QUERIDOS NIÑOS:

Cuando seáis hombres, tal vez os será posible viajar por el mundo y ver extrañas cosas.

No puedo aseguraros, sin embargo, que halléis un pueblo tan pequeño como el de los liliputienses, ni tampoco otro tan gigantesco como el que Lemuel Gulliver vió en Brobdingnag.

Pero, sin duda, hay en el mundo gentes muy pequeñas, y otras muy grandes. ¿Por ventura Stanley, el famoso explorador, no halló en Africa una raza de hombres tan pequeños, que se creyó con derecho a llamarlos pigmeos?

¿Quién puede predecir, pues, lo que descubriréis en el mundo?

Siempre vuestro afectísimo

JOHN LANG.

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Barcelona 21 de Octubre de 1914.

Por lo que a Nós toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de las obras que bajo el título de "Colección de obras maestras al alcance de los niños" dará a luz la Casa editorial Araluce, de esta ciudad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico o a la sana moral. Hágase constar esta licencia al principio o al final del libro, en la forma anotada al margen, y entréguense dos ejemplares rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

Nihil obstat

El Censor,

Fran^{co} de P. Rivas y Servet

PREBÍTERO

Barcelona 21 de Octubre de 1914

Imprimase

El Vicario Capitular

JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de Su Sra.,
Lic. Salvador Carreras, Pbro
Scric. Canc.

El Vicario Capitular,

JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de Su Señoría

DR. P. VALLÉS, Pbro.
Pro-Scric.

INDICE

—

Primera parte

VIAJE A LILIPUT

	<u>Página</u>
Juventud de Gulliver y sus primeros viajes . . .	11
Salida de Gulliver a los mares del Sur y su naufragio en las costas de Liliput	17
Gulliver es apresado y conducido a la capital de Liliput	31
Gulliver es puesto en libertad y captura la flota de los blefuscanos	43
Gulliver se evade de Liliput y regresa a Inglaterra	61

Segunda parte

VIAJE A BROBDINGNAG

Gulliver es abandonado en una extraña costa, en donde lo captura un gigante	75
Gulliver es exhibido por todo el país y, por último, comprado por la Reina.	91
Vida de Gulliver en la corte, y algunas de las aventuras que le ocurrieron	105
Gulliver es raptado por un mono y se salva maravillosamente. Toca la espineta ante el Rey y la Reina	121
Ultimos tiempos de la permanencia de Gulliver en Brobdingnag y cómo salió de allí	135

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Varios guardias del Rey acudieron a sujetar al caballo	Frontispicio
	<u>Página</u>
Sus brazos y piernas estaban fuertemente atados al suelo	21
Las tropas pasaban por el gran arco que formaban sus piernas	45
Sus Majestades contemplaban cómo desaparecían los manjares en la boca de Gulliver,	62
En la playa había un hombre enorme	79
Gulliver dió un tremendo sablazo en el lomo a una de las ratas	93
Con su cuchillo hirió a cuatro avispas, matándolas luego con los pies	110
El perro llevó a Gulliver a su amo	118

PRIMERA PARTE

VIAJE A LILIPUT

CAPÍTULO I

JUVENTUD DE GULLIVER Y SUS PRIMEROS VIAJES

DOSCIENTOS años ha, gran parte del mundo que ahora conocemos no se había descubierto todavía; muchas islas, grandes y pequeñas, cuya situación se conoce hoy, jamás habían sido vistas por ningún hombre blanco; abundaban porciones enormes del vasto Océano, en las cuales no había navegado mayor embarcación que la canoa de algún indio.

Un viaje en aquellos tiempos no era cosa agradable como hoy, porque los barcos eran panzu-

dos y por lo tanto muy poco rápidos, y, además, para largas travesías iban muy mal abastecidos de alimentos. No se conocían las conservas, que, encerradas en cajas de hojalata, forman hoy gran parte de la provisión de los buques modernos, y tampoco existían las comodidades de los camarotes actuales. Los marineros se alimentaban principalmente con carne salada, tan dura como el cuero, con galleta, en la cual había casi tantos gusanos como parte comestible y el agua que bebían, las más de las veces, estaba corrompida a causa de su larga permanencia en los barriles en que se guardaba.

Por eso, cuando un hombre se despedía de sus amigos y emprendía la navegación hacia lo desconocido, pasaban generalmente muchos años antes de que regresara, si por acaso volvía al fin a su país, pues los peligros del mar eran entonces mucho mayores que ahora. Si la nave no naufragaba en obscura noche, después de chocar contra algún arrecife, escollo o islas des-

conocidas, no dejaba nunca de hallar algún barco pirata, contra el que los tripulantes se veían obligados a batirse desesperadamente para salvar la libertad o la vida. Gracias a la navegación a vapor, se ha exterminado casi totalmente la piratería, a excepción de las costas de China y en algunos otros pocos lugares. Pero las circunstancias eran totalmente distintas antes de la invención de los barcos movidos a vapor; y los marineros, cuando regresaban a su país, tenían siempre muchas cosas raras que contar a sus amigos; maravillosas aventuras de que hablar, ocurridas entre las extrañas gentes o pueblos que habían visitado en lejanas tierras. Uno de los hombres que vió cosas mucho más raras que otro cualquiera, fué Lemuel Gulliver, y mi objeto, al escribir este libro, es daros a conocer algo de lo que le aconteció en dos de sus viajes.

Gulliver nació en Nottinghamshire, y en cuanto tuvo catorce años de edad, sus padres lo mandaron al colegio Emanuel, en Cambridge. Allí

estuvo tan sólo hasta los diecisiete, porque su padre no pudo, por falta de dinero, hacerle estudiar más tiempo en aquella universidad. De manera que, siguiendo la costumbre de los que querían ser médicos, fué colocado de ayudante en casa de un cirujano de Londres, bajo cuya dirección estudió durante cuatro años. Entretanto, siempre que su padre le mandaba algún dinero, lo gastaba en libros de náutica, o sea los que tratan del arte de hallar el camino en alta mar y lejos de toda tierra. Siempre había sido muy aficionado a viajar y creía que el conocimiento de esta ciencia le sería utilísimo más adelante en caso de dejarse llevar por su gusto.

Desde Londres fué a Alemania, en donde estudió medicina durante algunos años, con el propósito de ser nombrado médico de algún barco. Gracias a su antiguo profesor de Londres, obtuvo dicho empleo en la nave «Golondrina», en la que hizo varios viajes.

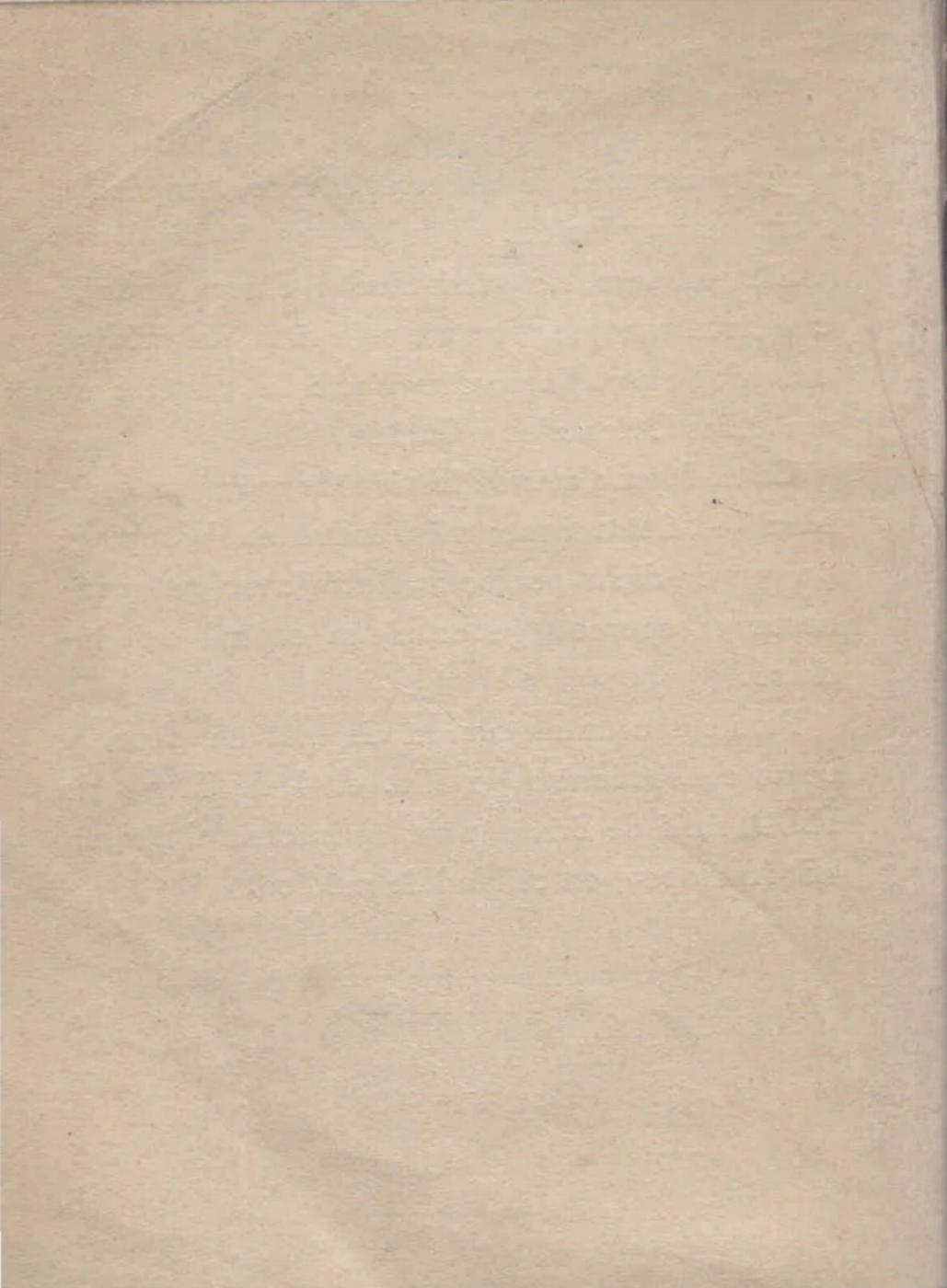
Pero, cansado de tal vida, se estableció en Lon-

dres, y después de haberse casado, empezó a ejercer su profesión.

Sin embargo, no ganó mucho dinero, por lo cual, nuevamente, durante seis años, fué médico a bordo de otro barco que hacía la travesía de las Indias Orientales y Occidentales.

Cansado otra vez de la vida de mar, se estableció en tierra firme; más ahora en Wapping, porque en dicha población había muchos marineros y esperaba ganar algún capital cuidándolos.

Pero sus asuntos fueron de mal en peor, y como consecuencia de ello, el 4 de Mayo de 1699, salió de Bristol para los mares del Sur, en «El Antílope», en calidad de médico.



CAPÍTULO II

SALIDA DE GULLIVER A LOS MARES DEL SUR Y SU NAUFRAGIO EN LAS COSTAS DE LILIPUT.

AL principio todo marchó bien; pero después de haber dejado los mares del Sur, cuando seguían el rumbo de las Indias Orientales, la nave, arrastrada por gran tormenta, se desvió de su derrotero. La borrasca duró tanto, que doce de los tripulantes murieron a causa del exceso de trabajo y de los malos alimentos, y los restantes quedaron débiles y extenuados. En los barcos de vela, cuando el tiempo es malo, todos los tripulantes han de estar constantemente sobre cubierta, trabajando sin parar, de suerte que pue-

den gozar de muy poco descanso. Es preciso estar preparado a todas las contingencias, pues quizá una vela, de las pocas que puedan estar desplegadas en tiempo huracanado, se arre batada por el viento, y entonces, a toda costa, es preciso colocar otra nueva.

Durante la noche, tal vez oscura como boca de lobo, las velas agitadas por el viento producen ruido de trueno, y la nave queda cubierta por las aguas a cada instante. Las manos, a los pobres marineros, se les ponen doloridas por el frío y el agua y, sin embargo, es preciso ejecutar trabajos rudos y peligrosos. Y cuando la faena está concluída no hay posibilidad de acostarse entre blancas sábanas secas y calentitas. Es muy probable que, hasta los que no están de guardia, deban permanecer en la cubierta, o si tienen la buena fortuna de que se les permita retirarse, aún no estarán dormidos (envueltos quizás en alguna sábana mojada), cuando uno de los de guardia en cubierta, bajará gritando:

— ¡Todo el mundo arriba!

Y es preciso combatir de nuevo desesperadamente contra el temporal furioso. No es, pues, extraño, que cuando el mal tiempo dura algunos días, todos los hombres estén fatigados y enfermos. Y si, como acontecía en el buque de Gulliver, el alimento también es malo, es fácil comprender que algunos mueran a causa de todas estas circunstancias reunidas

Era el 5 de Noviembre; se aproximaba el comienzo del verano en las latitudes del Sur del Ecuador. La tempestad aún no había calmado. El tiempo era malísimo y el viento impulsaba velozmente a la nave, cuando de pronto, el vigía exclamó:

— ¡Rompientes a proa!

Pero el barco se hallaba tan cerca de las rocas, invisibles hasta entonces, cubiertas como estaban por las aguas, que, inmediatamente, chocó contra un arrecife con ruido espantoso y se abrió de costados.

Gulliver y seis hombres más de la tripulación arrojaron un bote al agua y se alejaron de las rompientes y del buque náufrago. Pero los hombres estaban tan debilitados por el trabajo, que no les fué posible gobernar el bote en mar tan agitado, y, muy en breve, después de lucha desesperada, cayeron al agua. Qué fué de ellos, Gulliver no lo supo nunca, porque no los volvió a ver. Probablemente se ahogaron enseguida, pues estaban sobradamente fatigados para poder mantenerse a flote.

Gulliver, por su parte, también estuvo a punto de morir. Nadó hasta perder la fuerza en sus brazos y piernas; nadó valientemente, respirando con dificultad entre las olas que, a menudo, le cubrían por completo, cegándole con su agua salada. Luchó, pues, todo lo que le fué posible, hasta que, por fin, el viento sopló con menos furia y las aguas se calmaron un tanto. Entonces, con gran alegría, se dió cuenta de que con sus pies tocaba fondo. Sin embargo, la costa estaba



Sus brazos y piernas estaban fuertemente sujetos al suelo

tan lejos todavía, que por espacio de una milla tuvo que ir vadeando fatigosamente las inquietas aguas. Por último, con las fuerzas totalmente agotadas, llegó a tierra firme.

Anohecía y no pudo distinguir ninguna casa ni indicios de que aquella tierra estuviera habitada. Anduvo un poco en busca de alguna habitación, pero, no pudiendo ya con su cuerpo, cayó al suelo derrengado.

Antes de salir del barco Gulliver había bebido gran cantidad de aguardiente, y esto tal vez fué la causa de que durmiera más profundamente que de ordinario.

Al despertar, el sol brillaba en el cielo y trató de incorporarse, pero no le fué posible mover brazos ni piernas. Gulliver se quedó dormido la noche anterior tendido sobre su espalda, pero al abrir los ojos vió que sus brazos y piernas estaban fuertemente sujetos al suelo. Alrededor de su cuerpo pasaban multitud de delgadas pero fuertes cuerdas, y hasta su cabello, que lle-

vaba largo, según la moda de aquel tiempo, estaba atado tan firmemente que no le era posible volver la cabeza.

A su alrededor pudo distinguir un confuso sonido de voces, pero no vió nada más que el cielo, en el cual brillaba el sol con tanta fuerza, que no pudo continuar con los ojos abiertos.

Pronto sintió que algo se encaramaba por su pierna derecha, y continuó adelantando por su pecho hasta llegar cerca de la barba. Mirando en aquella dirección, vió que allí se hallaba un hombre pequeñísimo, no más alto de quince centímetros y armado con un arco y flechas.

Entonces otros muchos hombres de igual estatura treparon sobre su cuerpo. Gulliver prorumpió en tal exclamación de sorpresa y miedo, que todos, aterrorizados, echaron a correr alocadamente cayendo algunos al suelo y lastimándose. Pero muy pronto las enanas gentes regresaron.

Entonces, tras de luchar mucho, Gulliver consiguió romper las cuerdas que sujetaban su bra-

zo izquierdo, y dió tan gran sacudida, que le arrancó un grito de dolor, pero gracias a ella logró desprender sus cabellos. De esta suerte pudo volver la cabeza de una a otra parte. Mas los hombrecillos, rápidos en extremo, echaron a correr poniéndose fuera de su alcance, antes de que pudiera apoderarse de ninguno.

Entonces oyó grandes gritos seguidos por una vocecita aguda que decía:

—«Tolgo fonac»

Inmediatamente, gran cantidad de flechas finas como alfileres fueron a herirle en la mano y una le llegó a la cara. El pobre Gulliver se la cubrió con una mano gimiendo de dolor.

Sin embargo, quiso probar otra vez de recobrar su libertad. Pero cuanto más luchaba para conseguirla, mayor número de flechas le disparaban y hasta algunos trataron de hundirle sus picas en los costados.

Al ver que cuanto más luchaba, más le herían, Gulliver permaneció tranquilo, pensando que de

noche, y teniendo libre el brazo izquierdo, podría deshacer sus ligaduras. Tan pronto como la menuda gente vió que ya no forcejaba, cesaron de disparar contra él. El prisionero comprendió por el ruido de las voces que los soldados se aproximaban de nuevo.

Muy pronto, a pocos metros de distancia, pudo oír un continuado martilleo, y volviendo la cabeza hacia aquel lado, tanto como se lo permitieron las cuerdas, vió que se estaba construyendo un pequeño andamio. En cuanto estuvo concluído subieron a él algunos hombres por medio de escaleras y uno de ellos (que parecía ser persona muy importante, pues un paje sostenía la cola de su vestido) dió inmediatamente una orden. En el acto cincuenta soldados se adelantaron y cortaron las cuerdas que sujetaban el cabello de Gulliver por la parte izquierda de su cabeza, para que así pudiera volverla fácilmente hacia la derecha.

Entonces aquella personita empezó una aren-

ga, de la que, naturalmente, Gulliver no entendía absolutamente nada, pero le pareció que, a veces, el hombrecillo le amenazaba y otras le hacía bondadosos ofrecimientos.

Del mejor modo que le fué posible, hizo señas de sumisión y sintiéndose en extremo hambriento, se llevó varias veces la mano a la boca para dar a entender que necesitaba tomar algún alimento.

Lo entendieron perfectamente. Varias escaleras fueron apoyadas a sus costados, y casi un centenar de hombres subieron encima de su cuerpo arrastrando hacia su boca gran cantidad de panes y de carne. De esta última, algunos trozos parecían espaldas y piernas de carnero, pero muy diminutas. Eran de gusto excelente, pero no mayores que el ala de una alondra; los panes tenían tamaño parecido a las balas de fusil, de manera que para cada bocado necesitaba gran número de ellos. El pueblo miraba maravillado la cantidad de comida que engullía.

Cuando hizo señas de que tenía sed, izaron hasta su cuerpo dos de los mayores toneles de vino de que disponían, y haciéndolos rodar para que él pudiera cogerlos con la mano, los desfondaron. Gulliver se los tragó de una vez y pidió mayor cantidad porque lo bebido apenas si alcanzaba a lo que cabe en uno de nuestros vasos de vino, pero se le hizo entender que no había más.

Mientras las diminutas gentes corrían por encima de su cuerpo estuvo tentado de coger catorce o quince de ellos y arrojarlos violentamente contra el suelo y tratar de nuevo, de recobrar su libertad. Pero el dolor que había sufrido con los flechazos que le dispararon, le hizo pensar detenidamente en el asunto y decidió que lo mejor era permanecer tranquilo.

En breve, otro hombrecillo, cuyo brillante uniforme daba a entender que era un oficial de alta graduación, se encaminó, seguido por algunos otros, hacia la barba de Gulliver y extendió

ante sus ojos un papel que éste creyó sería una orden del Rey. El oficial pronunció larga arenga, señalando algunas veces hacia un camino muy largo y (como Gulliver supo más tarde) le dijo que iba a ser conducido prisionero a la capital del país

Gulliver por señas pidió que lo libertaran de sus ligaduras. El oficial meneó la cabeza negativamente, pero dió una orden a un soldado, gracias a la cual, fueron cortadas las cuerdas de un lado, y el prisionero pudo hacer algún movimiento. Luego le arrancaron las flechas que estaban clavadas en su cara y manos y le untaron la piel con una pomada de agradable perfume, la cual le calmó de tal manera el dolor que, a poco, se quedó profundamente dormido. Esto no era de extrañar, porque, según supo después, los médicos del Rey habían mezclado un poderoso narcótico en el vino que se le diera.

Gulliver se despertó gracias a un violento estornudo, sintiendo al mismo tiempo sobre su barba

los pasos de alguien que huía apresuradamente.

¿Dónde estaba? Todavía atado, sin duda, pero no extendido en el suelo. Se extrañó mucho al verse colocado encima de una plataforma. ¿Cómo había llegado allí?

Muy pronto empezó a comprender lo sucedido; y más tarde en cuanto entendió el idioma, se enteró al detalle de lo que hicieron con él mientras estaba sumido en profundo sueño. Antes de dormirse, había oído gran ruido de ruedas y gritos como de carreros. Esto, según parece, fué causado por la llegada de una especie de carromato de poca altura, pero de un largo de unos dos metros, arrastrado por mil quinientos de los mejores caballos de tiro de las caballerizas reales.

De esta manera se le llevó a la ciudad. Gracias a fuertes mástiles, sólidamente fijados en el suelo, en cuyo extremo superior había muchas poleas y las cuerdas más fuertes que se pudieron hallar en el país, novecientos hombres con-

siguieron izarlo encima del carromato mientras dormía, y luego lo ataron de nuevo.

Cuando Gulliver despertó, ya estaban muy cerca de la ciudad. El carromato se había detenido un poco para que los caballos descansaran, y uno de los oficiales de la Guardia del Rey, que aún no había visto a Gulliver, se encaramó con algunos amigos para contemplarlo. Mientras le miraba la cara, el oficial no pudo resistir la tentación de introducir la punta de su espada dentro de la nariz del gigante, con lo cual excitó el estornudo que hizo despertar a Gulliver.

CAPÍTULO III

GULLIVER ES APRESADO Y CONDUCIDO A LA CAPITAL DE LILIPUT

No se pudo llegar a la ciudad hasta el día siguiente, y Gulliver durante toda la noche permaneció tranquilo, descansando en el carromato guardado por quinientos hombres a cada lado de su cuerpo, quienes provistos de antorchas y armados con arcos y flechas, estaban dispuestos a disparar contra él a la menor tentativa de evasión.

Por la mañana, el Rey y toda su corte, así como millares de ciudadanos, fueron a contemplar el maravilloso aspecto que les ofrecía la gigan-

tesca figura de Gulliver. El carromato en que iba se detuvo fuera de las murallas, ante un gran edificio que había sido templo, pero a la sazón abandonado por haberse cometido un asesinato en su recinto.

La puerta de aquella iglesia era de unos cuatro pies de alto por dos de ancho, y a cada lado a unos quince centímetros del suelo, había una ventana. Dentro del edificio, los herreros del Rey fijaron varias cadenas en la pared, y haciéndolas pasar luego a través de una ventana, ataron los extremos al tobillo izquierdo de Gulliver. Entonces cortaron las cuerdas que lo sujetaban y se pudo poner en pie. Vió que podía fácilmente pasar a través de la puerta y que dentro de la iglesia había bastante lugar para dormir tendido en el suelo.

Las cadenas medían seis pies de largo, de manera que podía moverse paseando de una a otra parte, en cuanto lo permitía su longitud. Siempre, mientras se entregaba a este ejercicio, mi-

llares de personas estaban contemplándolo; hasta el Rey en persona, iba a observarlo a veces desde una torre cercana.

Un día, precisamente cuando Gulliver salía de su casa y se puso en pié, el Rey, que era hombre muy agradable y más alto que cualquiera de sus súbditos, llegó montado en un caballo blanco. En cuanto el animal vió a Gulliver se aterrorizó, encabritándose de tal manera, que todos temieron algún accidente desgraciado.

Varios guardias acudieron a sujetar el caballo; pero el soberano era buen jinete y dominó tan bien al bruto que muy pronto pudo desmontar felizmente.

Entonces ordenó que se diera alimento al prisionero, y en cumplimiento de ello llegaron al poco rato veinte carros de manjares y diez de vino. El Rey y sus cortesanos, todos cubiertos de oro y plata, hicieron corro alrededor y contemplaron su comida.

Después de haberse marchado todos ellos, el pueblo se congregó en derredor de Gulliver y algunos empezaron a jugarle malas pasadas. Uno le disparó una flecha, que estuvo a punto de saltarle un ojo. Pero el oficial que mandaba las fuerzas que allí estaban de guardia, ordenó a sus hombres que prendieran y ataran a seis de los que más habían molestado a Gulliver. Hecho esto, los hizo poner al alcance del prisionero, quien apoderándose de ellos los metió en su bolsillo, excepto uno, el que le arrojara la flecha, al cual llevó hasta su boca, fingiendo que se lo iba a comer. El pobre hombrecillo empezó a exhalar gritos de terror, y cuando Gulliver sacó su cuchillo, todos, hasta los soldados, se espantaron. Pero Gulliver se limitó a cortar las cuerdas que sujetaban las manos del pobre enano y lo puso en libertad, de la que el pigmeo se aprovechó enseguida para huir con toda la velocidad posible. Y cuando sacó a los otros de su bolsillo y los trató de la misma suerte, la multitud

empezó a reír. Desde entonces el pueblo sintió gran cariño por Gulliver, quien pronto llegó a ser su favorito. De todas partes del reino acudían las gentes en tropel para ver al Hombre Montaña.

Entretanto, según supo después Gulliver, se celebraban frecuentes reuniones con el Rey y sus consejeros para discutir lo que debía hacerse de él. Algunos de los consejeros temían que se escapara causando luego grandes daños en el país. Otros opinaban que el guardar y alimentar a tan monstruosa criatura, causaría hambre general en el reino o, por lo menos, un gasto mucho mayor de lo soportable por la Hacienda Pública; y, por esta razón, aconsejaban que se le diera muerte, disparando contra su cara y manos flechas envenenadas. Otros, sin embargo, argüían que si esto se ejecutaba, sería difícilísimo transportar tan gran cuerpo y la descomposición de su cadáver podría ocasionar una peste, en caso de que estuviera mucho tiempo insepulto cerca de la ciudad

Finalmente el Rey y su consejo dieron órdenes para que cada mañana los pueblecillos cercanos a la ciudad mandaran para la manutención de Gulliver, seis bueyes, cuarenta cabras y suficiente cantidad de pan y vino.

También fué dispuesto que seiscientas personas lo sirvieran; que trescientos sastres le hicieran un vestido completo y que seis profesores de la Universidad le enseñaran el idioma del Estado.

En cuanto Gulliver pudo hablarlo, se enteró de muchas cosas acerca del país en que se hallaba. Se llamaba Liliput y sus habitantes, liliputienses. Estos creían que su nación y la de Blefuscu constituían el mundo entero. Blefuscu era otra isla que se hallaba muy lejos, al pensar de los habitantes de Liliput, aun cuando Gulliver juzgó que la distancia no era mucho mayor de un kilómetro y medio. Los liliputienses no conocían ningún otro país, por lo cual, respecto de Gulliver, creyeron que habría caído de la Luna

o de alguna estrella; en opinión suya era imposible que tan enorme raza de hombres viviera en la Tierra. No habría podido alimentarse. Por esta razón no creyeron una palabra de la historia de Gulliver. Sin duda había caído de la Luna.

Una de las primeras cosas que hizo Gulliver en cuanto supo bastante el idioma liliputiense, fué enviar una petición al Rey, rogando que se le quitaran las cadenas para poder andar libre por el país. Pero no se accedió a su ruego.

—Ante todo—dijo el Consejo del Rey—debe jurar la paz con el reino de Liliput, y luego, si se porta bien y gana la confianza de los habitantes, será puesto en libertad.

Mientras, por orden del Rey, dos altos dignatarios del Estado se presentaron ante Gulliver quien, a petición suya, los levantó poniéndolos en el interior de sus bolsillos, uno tras otro, para que pudieran presentar al soberano una lista detallada de todos los objetos que llevaba.

Gulliver vió más tarde este inventario. Su caja

de rapé la describieron como «enorme caja de plata llena de un polvo extraño». Dentro de ella cayó de cabeza uno de los comisionados y empezó a estornudar tan violentamente que Gulliver llegó a temer que con las sacudidas se le desprendiera la cabeza. Las pistolas fueron denominadas «columnas vacías de hierro, sujetas a fuertes piezas de madera» mas no pudieron comprender el objeto de las balas y de la pólvora, (que felizmente Gulliver había podido salvar, gracias a tener su bolsillo herméticamente cerrado) entendiendo menos aún la utilidad del reloj, al que describieron como «maravillosa máquina, que produce ruido análogo al de las ruedas de molino »

Algunos, aún más, llegaron a creer que se trataba de un animal, porque era algo que estaba vivo, como se advertía claramente al observarlo.

Todas estas cosas, así como la espada que llevaba colgada de un cinturón, tuvo que entre-

garlas y además, explicar tan bien como le fué posible, el uso de cada una de ellas. Los liliputienses no acababan de entender lo de las pistolas, y para demostrárselo Gulliver disparó una de ellas. Súbitamente cayeron al suelo centenares de personas, como muertas del susto. Hasta el Rey, que era muy valiente, sintió sobresalto terrible. Muchas de las cosas de la propiedad de Gulliver le fueron devueltas, pero las pistolas, la pólvora y las balas, así como su espada, le fueron confiscadas y celosamente guardadas en bien de la seguridad pública.

A medida que el Rey y los cortesanos iban adquiriendo mayor confianza en Gulliver, y temían menos que tratara de evadirse y cometer alguna tropelía, empezaron a tratarlo con más franqueza y le explicaron costumbres del país, algunas de las cuales eran muy curiosas.

Uno de sus deportes favoritos era el hacer cabriolas sobre la cuerda tirante y no existía medio más seguro para escalar los altos em-

pleos del Estado, que sobresalir en ese ejercicio.

Se decía que el Ministro de Hacienda había conquistado el cargo gracias a su gran habilidad en dar saltos mortales sobre la maroma. El Secretario General de los asuntos privados le seguía en destreza, y apenas había un Ministro del Estado que no debiera su posición a este deporte. Pocos de ellos, sin embargo, habían salido ilesos de graves accidentes, al intentar algún ejercicio arriesgado, y varios se lisiaron para toda la vida. Mas a pesar del gran peligro y del número considerable de caídas, siempre existían atrevidos que ensayaban continuamente nuevos saltos.

Aleccionado por lo que sucedió la primera vez que su caballo vió a Gulliver, el Rey dió órdenes para que los de su ejército, así como los de las caballerizas reales, hicieran cada día ejercicios ante el Hombre Montaña. Pronto estuvieron tan acostumbrados a verlo, que se encaramaban por encima de su pié sin temblar

ni encabritarse. A veces los jinetes hacían saltar a sus cabalgaduras por encima de la mano que Gulliver colocaba cerca del suelo, y en una ocasión, los monteros del Rey, que eran los mejores jinetes, llegaron a saltar con limpieza notable por encima de los pies calzados de Gulliver.

El prisionero se percató pronto de que, por todos los medios que estuvieran a su alcance, era conveniente divertir al Rey y a sus cortesanos, con lo cual esperaba obtener más pronto la libertad. Un día pidió que le facilitaran algunos recios bastones de dos pies de alto, y cuando se los dieron, los hundió en el suelo con firmeza, y sobre ellos, formando un espacio cuadrado semejante a un marco de dos pies y medio de lado, colocó otros cuatro palos. Luego extendió por encima su pañuelo, poniéndolo tan tirante como la piel de un tambor.

Apenas lo tuvo todo dispuesto rogó al Rey que hiciera maniobrar sobre aquella improvisada plataforma a unos cuantos jinetes. Su Majestad

quedó encantado de la ieda, y durante varios días se entretuvo en observar como Gulliver subía a los soldados y caballos que se ponían a manio-
brar sobre la plataforma de tela. A veces pedía también que lo subiera a él y, en una ocasión, persuadió a la Reina, dama muy tímida, de que lo acompañara, para contemplar desde su silla la escena completa. Pero cierto día, un caballo muy joven, trotando vigorosamente, hizo con su casco un agujero en la tela del pañuelo, lo que, naturalmente, lo hizo caer. Desde entonces Gulliver perdió la confianza en aquel juego.

CAPÍTULO IV

GULLIVER ES PUESTO EN LIBERTAD Y CAPTURA LA FLOTA DE LOS BLEFUSCANOS

A la sazón los vestidos de Gulliver estaban hechos jirones. Los trescientos sastres no habían podido terminar aún su traje nuevo. Además, no tenía sombrero, porque lo perdió al llegar a tierra después del naufragio. Así, pues, experimentó gran alegría cuando en cierta ocasión llegó, procedente de la costa, un mensajero para el Rey, diciendo que algunos hombres habían hallado una masa negra y extraña, tan alta como un hombre; no estaba viva, de ello podían responder, pues no se movió, aun cuando durante

gran espacio de tiempo habían estado observándola con atención. Después de asegurarse de que no podía perjudicarlos, ayudándose mutuamente, uno de ellos llegó hasta la cima del objeto en cuestión, viendo que era suave y, por el ruido que despidió al ser golpeado, pudieron convenirse de que estaba hueco. Imaginaron que tal vez aquél objeto pertenecía al Hombre Montaña, y pedían que se les mandaran cinco caballos para llevarlo a la ciudad.

Gulliver tenía certeza de que se trataba de su sombrero y así fué, en efecto. No estaba muy estropeado por el agua del mar, ni tampoco se echó a perder por haber sido arrastrado desde la costa por los cinco caballos, excepción hecha de dos agujeros que hicieron los conductores a fin de pasar por ellos una cuerda. A Gulliver le produjo gran satisfacción el recuperarlo.

Dos días más tarde, el Rey tuvo un extraño capricho. Ordenó que se hiciera una revista militar y, al mismo tiempo, que Gulliver se coloca-



Las tropas pasaban por el gran arco que formaban sus piernas

ra en el centro de la explanada con las piernas tan abiertas como le fué posible. El prisionero se prestó a ello de muy buena gana y después de brillantes ejercicios que pusieron de relieve la perfecta instrucción del ejército, empezó el desfile. Gulliver estaba en su sitio y las tropas, ondeando al viento sus estandartes, pasaron por el gran arco que formaban sus piernas, a los acordes de las bandas militares. El Rey y la Reina iban sentados en su carroza de gala observando la curiosa maniobra, mientras que Gulliver no se atrevía a moverse poco ni mucho, por miedo de lastimar a alguien.

Poco después Gulliver pudo gozar de libertad. Se celebró un consejo presidido por el Rey, y sólo el Almirante fué partidario de que se le retuviera cautivo. Este dignatario fué siempre enemigo de Gulliver y aun cuando en esta ocasión no se hizo caso de su voto, se le permitió redactar las condiciones con arreglo a las cuales Gulliver iba a ser puesto en libertad.

Estas eran las siguientes:

1.º No le sería permitido salir del país sin expresa autorización del Soberano, quien la refrendaría con su sello.

2.º No debía penetrar en la ciudad sin orden expresa para ello; y en este caso se prevendría al pueblo con dos horas de anticipación a fin de que las gentes permanecieran retiradas en sus casas.

3.º Debía transitar por las calles anchas y no descansar ni pasear en ningún campo cultivado.

4.º Debía cuidar exquisitamente de no aplastar a nadie, ni tampoco a carruajes o caballos y no podría levantar con su mano a ninguna persona sin expresa autorización del interesado.

5.º Si en alguna ocasión se debía mandar con gran prisa a un mensajero, quedaba obligado a transportar a él y a su caballo durante una jornada de seis días, y devolverlo al punto de partida sano y salvo.

6.º Debía ser aliado del Rey contra los ble-

fuscamos, y hacer cuanto pudiera para destruir su flota, que, se decía, iba a invadir en breve a Liliput.

7.º Debía ayudar a los trabajadores a transportar gruesas piedras necesarias para la reparación de ciertos edificios.

8.º Durante un espacio de tiempo de «dos lunaciones» debía medir exactamente la extensión del reino, contando el número de pasos que diera alrededor de la costa.

9.º y último. A cambio de su juramento de observar estas condiciones, se le prometía diariamente una ración de alimento y bebida igual a la que necesitaran mil setecientos veinticuatro liliputienses, estimando que la corpulencia de Gulliver era aproximadamente la del número de liliputienses citado.

A pesar de que una o dos de estas condiciones no eran de su agrado, especialmente la que trataba de la ayuda que debía prestar a los obreros (cosa que, a su juicio, lo colocaba al nivel de

un criado), sin embargo, Gulliver firmó el documento y juró observar sus condiciones.

Después de esto, y de haber sido libertado de sus cadenas, la primera cosa que hizo, fué pedir permiso para visitar la ciudad, que se llamaba Mildendo. Vió que estaba rodeada por una muralla de cerca de setenta centímetros de altura, bastante ancha en la cima para que pudiera transitar un coche de cuatro caballos y a cada tres metros de distancia estaba flanqueada por fuertes torres de defensa

Gulliver se quitó la levita, para que los faldones no estropearan los tejados o las chimeneas de las casas, pasó por encima de la muralla y muy cuidadosamente anduvo por las calles más céntricas, una de las cuales tenía quince metros de anchura. Por todas partes por donde pasaba, podía ver a las gentes asomadas a las ventanas y hasta encaramadas en los tejados; y a juzgar por el aspecto de la ciudad, dedujo que tal vez la habitaban medio millón de personas.

En el centro, en donde se cruzaban las dos calles principales, se hallaba el palacio del Rey, hermosa construcción rodeada por alto muro. Mas no pudo ver el palacio por entero, porque la parte en que se hallaban las habitaciones reales estaba protegida por una pared de un metro y medio de altura y no pudo saltarla por miedo de estropear algo.

Algunos días más tarde la franqueó con ayuda de dos troncos pertenecientes a los dos árboles más altos del Parque Real que se le permitió cortar para este objeto, los cuales tenían un poco más de dos metros de altura. Entonces, una vez dentro del recinto del palacio, aproximó la cara a una de las ventanas y pudo ver a la Reina y a los Príncipes. La soberana sonrió y hasta sacó su mano por la ventana, para que Gulliver pudiera besarla.

Unos quince días más tarde, fué a conferenciar con él Redresal, Secretario General del Rey, que siempre había sentido amistad por Gulliver,

y los dos sostuvieron larga y seria conversación acerca del estado del país.

El Secretario dijo que aun cuando, aparentemente, todo estaba tranquilo en Liliput, en realidad existían motivos de desasosiego que amenazaban la seguridad del reino.

Existían desde lejanos tiempos dos partidos, enemigos irreconciliables hasta el punto de que nunca comían, bebían ni hablaban unos con otros y ambos se complacían en destruir lo que su contrario había hecho. Cada uno de ellos creía que nada bueno podían hacer los adversarios. Medida cualquiera que propusiese el partido que estaba en el poder, era considerada por la oposición como locura o como crimen. Cualquier ley promulgada por el Gobierno, era reputada por sus enemigos como un atentado a la libertad del pueblo o inspirada por el propósito de seguir gozando del poder en perjuicio de los demás. A tal punto habían llegado

las cosas—dijo el Secretario—que los asuntos del reino estaban embrolladísimos.

Entretanto, el país se veía amenazado de una invasión de blefuscanos que, a la sazón, preparaban una flota, la cual, en breve, se hallaría en situación de hacer rumbo hacia Liliput. La guerra con Blefuscu había ya tenido lugar durante varios años anteriores y las pérdidas de ambas naciones en hombres y barcos habían sido muy considerables.

La guerra anterior estalló por lo siguiente: Siempre fué costumbre en Liliput, desde los más remotos tiempos de que se tenía noticia, que cuando las gentes rompían la cáscara de un huevo para almorzar, lo hacían por la parte más roma. Pero en una ocasión — prosiguió el Secretario— el abuelo del Rey actual, siendo muchacho, se lastimó un dedo al romper la cáscara del modo acostumbrado. Por esta causa, su padre dió órdenes severas para que, en lo venidero, sus súbditos rompieran los huevos por la parte más aguda.

Esto irritó al pueblo sobremanera, creyendo que el Rey no tenía derecho a dar semejante orden, y la desobedecieron. La consecuencia de ello fué que estallaron seis rebeliones. Centenares de liliputienses fueron condenados a muerte o encerrados en prisión y un número mucho mayor huyó a Blefuscu, para no verse obligado a obedecer la odiada orden.

Los rebeldes fueron muy bien recibidos en la corte de Blefuscu, y finalmente, el Emperador del aquel país se propuso intervenir en los asuntos de Liliput, y así empezó la guerra.

El Secretario General acabó su discurso, diciendo que el Rey tenía gran confianza en la fuerza de Gulliver, y ligado como estaba por el juramento que había hecho, esperaba ayudaría a derrotar a la flota de los blefuscanos.

Gulliver, se manifestó dispuesto a realizar cuanto pudiera, y enseguida formó un plan gracias al cual podría capturar la flota entera de una vez. Dió cuenta al Rey de su propósito, quien ordenó

que se le facilitara en el acto cuanto pidiese.

Entonces Gulliver fué a celebrar una entrevista con los marinos más viejos de la armada, y por ellos supo que la profundidad del mar entre Lili-put y Blefuscu era cuando más de setenta *glum-gluffs*, (o, lo que es lo mismo, cosa de un metro ochenta centímetros) y que esta profundidad existía tan sólo en corto espacio.

Después de adquirir este dato, marchó a la costa que se hallaba enfrente de la isla de Blefuscu y ocultándose en una colina, para que los enemigos no pudieran verlo, en caso de que estuvieran atisbando por allí, miró a través de un anteojo de bolsillo que llevaba. A simple vista podía distinguir las montañas de Blefuscu, pero con su anteojo contó perfectamente las unidades de la flota, compuesta de cincuenta navíos de guerra y muchos transportes, que esperaban viento favorable para hacerse a la mar

Regresando a la ciudad, dió órdenes para que se le proporcionara un fuerte cable y unas cuan-

tas barras de hierro. El cable era del grueso de nuestro cordel ordinario y las barras de hierro semejantes en largura y grosor a las agujas de hacer calceta. Gulliver trenzó tres de las barras de hierro y las encorvó de un extremo. Trenzó también el cable para que fuera más recio y de esta manera preparó cincuenta cables provistos de sus correspondiente garfios.

Entonces llevándolos en una mano volvió a la costa y se echó al mar un poco antes de la marea alta. En cuanto se halló a medio camino tuvo precisión de nadar, pero no durante mucho rato, pues a poco pudo seguir andando.

Tan pronto como los blefuscanos se dieron cuenta de la llegada de Gulliver, se echaron todos al agua desde sus naves, nadando alocados en dirección a tierra. Nunca, hasta entonces, habían visto a tan terrible gigante ni tampoco se habían enterado de su estancia en Liliput.

Gulliver, con gran sosiego, fué fijando sus cables en la proa de las embarcaciones, y final-

mente hizo un nudo con los extremos de todas las cuerdas. Mientras se ocupaba en estas operaciones, los soldados blefuscanos perdieron el miedo y empezaron a disparar flechas sobre él muchas de las cuales fueron a darle en las manos o en la cara. Temió al principio que le saltaran un ojo; pero se acordó de que, afortunadamente, llevaba en su bolsillo una antiparras. Púsoselas, por precaución, y acabó su tarea sin el menor riesgo.

No obstante, al tirar de los cables observó que no se movía ningún barco. No se le ocurrió que todos estaban anclados, y para vencer esta dificultad fuéle necesario cortar las amarras con un cuchillo. Mientras lo hizo estuvo expuesto, como es natural, a los disparos de los enemigos, tan certeros algunos, que fueron a chocar contra los cristales de sus antiparras. Más como no recibió tampoco ningún daño de consideración, emprendió la marcha arrastrando los cincuenta navíos de guerra.

Los blefuscanos se figuraron al principio que

sólo intentaba dejar los barcos a la deriva, en cuyo caso les hubiera sido fácil volverlos a tierra; mas cuando vieron que se los llevaba mar adentro, su miedo fué terrible. Durante mucho rato, Gulliver pudo oír sus gritos de desesperación.

Apenas se halló a bastante distancia de tierra, se detuvo para arrancarse las flechas que en las manos y la cara tenía clavadas y aplicar un poco del mismo unguento que le pusieron la primera vez que los liliputienses le dispararon tantas flechas a raíz de su apresamiento. Entonces la marea había bajado ya y gracias a ello pudo atravesar el brazo de mar a pie firme.

El Rey y sus cortesanos aguardaban en la orilla. Veían cómo se aproximaban los barcos cada vez más, pero no les era posible distinguir a Gulliver, quién sólo sacaba la cábeza fuera del agua. Al pronto algunos imaginaron que se habría ahogado y que la flota blefuscana se preparaba a atacar a Liliput.

Mas cuando vieron a Gulliver remolcando los navíos, hubo alegría grandísima; y en cuanto llegó a tierra, el Rey se mostró tan satisfecho de la hazaña, que acto seguido le nombró *Nardac* o sea el más grande honor que podía concederle.

Su gran victoria sobre los blefuscanos, sin embargo, fué causa de sinsabores para Gulliver. El Rey estaba tan entusiasmado con ella, que empezó a forjar planes para capturar de la misma manera todos los barcos del pueblo enemigo, intentando destruir la libertad de los blefuscanos y convertir a este reino en provincia de Liliput. Así, se figuraba que sería Rey del mundo entero.

Gulliver rehusó tomar parte en estos proyectos, diciendo que no quería contribuir a esclavizar al pueblo blefuscano. Esta negativa encolerizó al Rey, y más de una vez trató del asunto con sus Consejeros de Estado. Varios de ellos, que habían fingido amistad a Gulliver mientras éste gozó del favor del Rey, pero que

en realidad eran enemigos suyos, se alegraron muchísimo al ver que el soberano estaba irritado con él e hicieron cuanto en su mano estuvo para aumentar la cólera del monarca, haciéndole creer que Gulliver era traidor.

Por entonces llegaron a Liliput algunos embajadores de Blefuscu para firmar la paz. Apenas se redactó y firmó un tratado (muy favorable para Liliput) los embajadores blefuscanos solicitaron ver al Hombre Montaña, de quien tanto habían oído hablar, e hicieron a Gulliver una visita formal en nombre de su soberano. Después de haberle rogado que les diera algunas pruebas de su fuerza, lo invitaron a visitar a su Emperador, cosa que Gulliver prometió sin ambages.

Por esta razón, en cuanto vió al Rey de Liliput, a cuyas órdenes se hallaba en virtud del tratado que firmó al ser puesto en libertad, le pidió permiso para salir por algún tiempo del reino y visitar Blefuscu. El Rey se lo concedió, pero de manera tan fría que Gulliver lo advir-

tió. Por un amigo supo más tarde que sus enemigos del Consejo habían dado cuenta al Rey de sus supuestas entrevistas con los embajadores blefuscanos, lo que, naturalmente, había aumentado la irritación del soberano contra él.

Sucedió también, por desgracia, que Gulliver disgustó a la Reina con una acción que, si bien la llevó a cabo con ánimo de hacerle un favor, produjo precisamente efectos contrarios, y de esta suerte perdió también su amistad. Pero aun no gozando del favor de la corte, era para todos objeto del interés más vivo

CAPÍTULO V

GULLIVER SE EVADE DE LILIPUT Y REGRESA A INGLATERRA

TRESCIENTOS cocineros cuidaban de confeccionar la comida de Gulliver. Estos hombres, con sus familias, vivían en cabañitas que a este objeto se habían construído cerca de la casa del gigante.

Éste había hecho para su uso, una silla y una mesa. Sobre ella se colocaban veinte criados, encargados especialmente de izar hasta aquellas alturas por medio de cables y poleas, los alimentos y los toneles de vino que otro centenar de criados tenían preparados en el suelo.

Un día, el Rey, que no le había visto comer en

aquella mesa, le mandó un mensaje diciendo que él y la Reina deseaban asistir a su comida. Llegaron un poco antes de la hora, y Gulliver izó enseguida a Sus Majestades, así como a los príncipes, y a todas las personas del séquito.

Sus Majestades permanecieron sentados en sus sillones reales mientras duró la comida, observando con grande interés como desaparecían los manjares en la boca de Gulliver. En efecto, enormes trozos de carne, manadas enteras de pavos y otras aves, eran engullidos por él con facilidad pasmosa. Un buey entero asado desaparecía en menos de dos bocados y no cuidaba ciertamente de separar los huesos de la carne. Un pavo o un ganso apenas constituían lo que de una vez le cabía en la boca.

Conviene advertir que Gulliver, en aquella ocasión comió más de lo usual creyendo, con ello, agradar a la corte.

Pero en esto se equivocó, porque Flimnap, el Ministro de Hacienda, que siempre había sido



Sus Majestades contemplaban cómo desaparecían los manjares en la boca de Gulliver

enemigo suyo, indicó al Rey el enorme gasto que suponía mantener a tal gigante, que había costado ya a la nación cerca de un millón y medio de *sprugs* (la moneda de oro más grande de los liliputienses). Las cosas, en verdad, se iban poniendo bastante feas para Gulliver.

Por entonces, uno de los cortesanos, con quien Gulliver había sido siempre muy afable, fué a visitarlo de noche con mucha cautela, en una silla de manos cerrada, solicitando tener con él una entrevista que no debía presenciar ninguna otra persona.

Gulliver dió a un criado de su confianza la orden de que no estaba visible para nadie, y poniendo al cortesano y a su silla encima de la mesa, para oír mejor lo que debía decirle, se dispuso a escuchar.

El cortesano dijo a Gulliver que, recientemente, el Consejo Privado del Rey se había reunido varias veces y habíase tratado del Hombre Montaña. El Almirante (que le odiaba lo in-

decible a causa de la victoria sobre la flota de los blefuscanos), Flimnap, el Ministro de Hacienda, y otros enemigos suyos, lo acusaban de traidor y otros crímenes. El cortesano llevaba una copia del escrito en que constaban todas estas acusaciones y Gulliver pudo leerlas.

Se le acusaba, de que, al ordenárselo el Rey, no quiso apoderarse de las demás naves blefuscanas. También se leía en la acusación que se había negado a conquistar el imperio de Blefuscu, y a prestar su ayuda cuando se trató de dar muerte a los partidarios de romper los huevos por la parte roma, que se hallaban refugiados en Blefuscu, así como tampoco a los blefuscanos, sus amigos. Por tales crímenes se le acusaba de traición.

Se le imputaba, asimismo, ser excesivamente amigo de los embajadores de Blefuscu; y se señalaba como crimen nefando, que, aún cuando el Rey no le había dado el permiso por escrito, preparaba una visita a Blefuscu, con obje-

to de prestar su ayuda al Emperador contra los liliputienses.

Todos estos cargos se habían debatido apasionadamente,—dijo el cortesano,—y el Almirante pronunció violentos discursos, aconsejando que se diera muerte al Hombre Montaña. De esta opinión participaba Flimnap, y algunos más, de modo que la mayor parte de los miembros del Consejo era partidaria de que se le matara con los tormentos más dolorosos que se conocían.

Los consejeros menos contrarios a Gulliver, decían que, si bien sus crímenes eran muy grandes, en gracia a los importantes servicios que había prestado a la nación encontraban la pena sobrado severa. A su juicio lo mejor sería sacarle los ojos, pues así, agregaban, se le podría dominar con facilidad, conservándolo al mismo tiempo para utilizar sus servicios en caso de ser necesarios.

Entonces el Almirante y los que participaban

de su cruel opinión, insistieron en que se le debía matar en el acto.

Por fin se levantó el Secretario y dijo que había un término medio muy apropósito para contentar a todos. Este era que se sacaran los ojos a Gulliver y luego disminuir gradualmente la cantidad de sus alimentos, de modo que a los tres meses muriera de hambre. Mientras tanto, continuó el Secretario, su cuerpo se iría enflaqueciendo hasta tal punto, que una vez muerto sería fácil para quinientos o seiscientos hombres cortar su carne en lonjas y transportarlas a regular distancia para enterrarlas. De este modo no habría peligro de miasmas por la corrupción del cadáver, evitándose que se desarrollara la peste. El esqueleto,—continuó,—se guardaría en el Museo Nacional

En definitiva todos se decidieron por que se cumpliera esta sentencia, y se ordenó a veinte cirujanos del Rey que se prepararan para llevar a cabo la operación de cegar a Gulliver dentro

de tres días, lo que debía conseguirse por medio de agudas flechas que se dispararían contra sus pupilas.

El cortesano, después de haber dado tales noticias al Hombre Montaña, salió de casa de éste con gran sigilo, tal como viniera, y Gulliver se puso a reflexionar en lo que debía hacer.

De pronto pensó en atacar la ciudad y destruirla. Pero haciéndolo, hubieran muerto también muchos millares de personas inocentes, cosa que repugnaba a sus buenos sentimientos.

Por fin escribió una carta al Secretario General, diciéndole que el Rey le había dado permiso para visitar Blefuscu, y que lo haría a la mañana siguiente.

Sin esperar la contestación, se encaminó a la costa y apoderándose de un gran navío de guerra que allí estaba anclado, ató un cable a su proa y poniendo a bordo sus vestidos y una sábana, vadeó el canal en dirección a Blefuscu, en donde fué muy bien recibido por el Emperador.

Pero allí no había habitación bastante grande en que pudiera alojarse, y por lo mismo fuéle preciso, durante su permanencia en la isla, dormir al raso, envuelto en su sábana.

Tres días después de su llegada, paseando a orillas del mar, divisó algo que flotaba a cierta distancia y que parecía un bote con la quilla al aire. Se echó al agua y en cuanto alcanzó el objeto en cuestión, vió que no se había equivocado. Era un bote. No sin gran dificultad y con ayuda de algunos navíos blefuscanos lo llevó a tierra.

En cuanto bajó la marea, doscientos de los trabajadores del muelle, le ayudaron a volverlo del derecho, y Gulliver pudo ver que había sufrido muy poco.

Enseguida puso manos a la obra para construir remos, mástil y vela y proveerse de las cosas indispensables para una travesía cuya duración no podía prever.

Mientras adelantaba en su trabajo, llegó un

mensaje reclamando que se atara a Gulliver de pies y manos y fuera devuelto a Lilibut en calidad de prisionero para sufrir el castigo que merecía por su traición. A esto contestó el Emperador que no podía atarlo y que además el Hombre Montaña había hallado una embarcación lo bastante grande para atravesar el mar y que su propósito era salir del Imperio de Blefuscu al cabo de pocas semanas.

Gulliver no abandonó su trabajo y en menos de un mes se halló en condiciones de realizar su plan.

Llevó a bordo los cuartos de un centenar de bueyes y trescientas ovejas, con gran cantidad de pan y vino, así como tanta carne asada como pudieron preparar cuatrocientos cocineros.

Tomó también un rebaño de animales vivos compuestos de seis vacas negras, dos toros y algunas cabras, con el propósito de llevarlos a Inglaterra, si podía llegar a este país. Para alimento

de los animales acopió gran cantidad de heno y de trigo.

Gulliver hubiera querido llevarse también algunas gentes del país, pero el Emperador no lo consintió.

Cuando todo estuvo listo, salió de Blefuscu el 24 de Septiembre de 1701, y la misma noche fondeó en la costa sotavento de una isla que parecía inhabitable. Salió de allí a la mañana siguiente, y fué navegando hacia el Este durante un par de días. Por la tarde del segundo, divisó un barco, y una vez se hubo acercado a él vió que era inglés y que regresaba a su país, procedente del Japón.

Metiéndose en el bolsillo los animales que llevaba de Blefuscu, subió a bordo con todo su cargamento de provisiones. El capitán lo recibió muy bondadosamente, y le preguntó de donde venía y la causa de hallarse en alta mar navegando en un bote.

Gulliver relató su historia en pocas palabras;

pero el capitán, maravillado, no la quiso creer. Para convencerlo, Gulliver sacó de sus bolsillos el rebaño, que claramente demostró la verdad de cuanto dijera y regaló al capitán algunas de las monedas de oro que le dió el Emperador de Blefuscu.

El barco no llegó a la costa inglesa hasta el mes de Abril de 1702, y a pesar de tan largo viaje no murió ninguno de los animalillos que conducía, excepto una de las cabras, que fué devorada por las ratas. Los demás, así como los bueyes y vacas llegaron a tierra sin novedad, y fueron soltados en un parque de Greenwich, en donde vivieron perfectamente.

SEGUNDA PARTE
VIAJE A BROBDINGNAG

SEGUNDA PARTE

VIAJE A BROBDIGNAG

CAPÍTULO I

GULLIVER ES ABANDONADO EN UNA EXTRAÑA COSTA EN DONDE LO CAPTURA UN GIGANTE

GULLIVER no era hombre que gustase de permanecer mucho tiempo tranquilo en ninguna parte, y hacía ya dos meses que se hallaba otra vez en Inglaterra con su mujer y familia, cuando los deseos de emprender nuevos viajes se apoderaron de su espíritu.

Había ganado algún dinero exhibiendo los animalejos traídos de Blefuscu que, por fin, los vendió en seiscientas libras esterlinas. Además, por

la muerte de un tío suyo heredó algunos bienes, y con esto, después de entregar a su mujer unas mil quinientas libras esterlinas, y asegurarle una rentita anual, se dispuso a emprender otro viaje.

Libre de cuidados por lo que a su familia pudiera ocurrir, pues le dejaba asegurada la subsistencia, se despidió de ella y embarcó en la *Aventura*, nave de mediano porte que levaba anclas en dirección a Surat, puerto de las Indias Orientales.

Desde que perdieron de vista las costas inglesas hasta el Cabo de Buena Esperanza, el viento fué casi siempre favorable, y el barco realizó buena travesía. En el Cabo, sin embargo, los barriles de agua necesitaban llenarse de nuevo de líquido fresco, y mientras la tripulación estaba ocupada en ello, se advirtió que el casco de la nave tenía tan considerable vía de agua, que para matenerlo a flote fué preciso llevar a tierra parte del cargamento. Antes de que se pudiera cegar la grieta y reembarcar las mercan-

cías, el capitán cayó enfermo y de esta manera transcurrieron algunos meses sin poder continuar el viaje.

Por fin salieron del Cabo de Buena Esperanza y dirigieron el rumbo hacia el estrecho de Madagascar, en su camino hacia la India; mas pocos días después de haberlo franqueado, empezó a soplar el fuerte viento del sudoeste llamado Monzón. Este huracán empieza cada año en el Océano Indico en Mayo y sigue soplando sin descanso durante varios meses. En la época en que el barco de Gulliver atravesaba este mar, la fuerza del vendaval es más violenta que nunca y cae la lluvia con abundancia tal, que en Europa no tenemos idea de semejantes aguaceros.

La tempestad, cada día más furiosa, castigó con dureza a la *Aventura*. Durante muchas semanas, los tripulantes no llegaron a ver el sol. El barco hubo de dejarse llevar por el viento, de suerte que a poco, ningún hombre de la tripulación sabía en qué lugar del mundo se hallaban.

Cada día el capitán mandaba a un hombre a la punta del palo mayor para ver si descubría tierra y por las noches se arriaban todas las velas para navegar más despacio y evitar así el peligro de ir a chocar en las tinieblas contra algún arrecife desconocido.

Una mañana, muy temprano, el vigía anunció tierra a la vista y el *Aventura*, encaminó su rumbo en aquella dirección hasta aproximarse todo lo posible a la costa sin peligro de tocar en algún bajo. Lanzadas las anclas, un bote tripulado por doce hombres fué hacia tierra, que se hallaba a tres millas de distancia, en busca de agua fresca con que renovar la provisión de la nave.

Gulliver pidió permiso al capitán para desembarcar con los marineros, cosa que le fué concedida. Cuando tomaron tierra, no pudieron hallar ningún río ni fuente, a pesar de haber recorrido grande espacio para conseguirlo. Gulliver hizo pesquisas por su lado, tierra adentro, y ascendió a la cumbre de una colina cercana,



En la playa había un hombre enorme

pensando que podría descubrir indicios de viviendas o, por lo menos, el agua que tanto ansiaban. Pero todo lo que se veía era tierra desnuda de vegetación y sin el menor vestigio de habitaciones ni de agua.

Pronto se halló fatigado y emprendió el regreso a la costa, en busca del bote que le había conducido.

Cuando por fin pudo ver el mar, lleno de terror se dió cuenta de que el bote regresaba ya al buque, a impulsos de los remos de los marineros que parecían poseídos del espanto más profundo. El barco también preparaba la marcha, levando anclas e izando las velas para continuar la navegación en cuanto el bote atracase a su costado.

En la playa, con el agua a media rodilla, un hombre colosal, mucho mayor que los gigantes de los cuentos de hadas, a zancadas enormes que levantaban gran cantidad de espuma, perseguía el bote.

Gulliver lo miró un momento asombrado y lleno de pavor, con las piernas temblorosas. Luego echó a correr para salvar la vida. Parecíale tener sus pies calzados con zapatos de plomo y a cada paso que daba volvía hacia atrás la cabeza, temiendo ver a su zaga al enorme gigante. A veces se figuraba que sólo era un sueño y que en breve se despertaría tendido en su hamaca de a bordo.

Pero pronto pudo convencerse de que no era así, porque al correr, mirando por encima de su hombro, veía sobresalir la cabeza del gigante por detrás de un acantilado mientras proseguía la caza del bote.

Por fin, jadeante, latiéndole el corazón violentamente, Gulliver pudo trepar sobre una escarpada colina. En la parte opuesta al mar vió, con gran sorpresa, campos cultivados de extensión enorme, y la hierba que en ellos crecía se elevaba tal vez a veinte pies de altura.

Un poco más sosegado, Gulliver echó a andar

por un camino que se figuró sería una carretera real, aun cuando más tarde comprendió que solamente se trataba de un sendero usado por la gente para atravesar un campo de trigo. Por él anduvo por espacio de una hora. A cada lado del camino las maduras espigas se elevaban a nueve o diez metros del suelo. Para Gulliver, la situación era la de aquellos caminantes que atraviesan un espeso bosque.

Por último llegó al extremo del campo, que estaba cercado con una valla de treinta y cinco metros de alto, poco más o menos, y pudo ver algunos árboles, cuya elevación excedía muchísimo a todo lo visto o imaginado por él. Entre este campo y el contiguo, servía de linde una alta barrera con cuatro escalones, cada uno de los cuales medía casi dos metros de contrahuella, y una piedra de seis metros coronaba la muralla.

Gulliver no pudo, a pesar de sus esfuerzos, escalar aquella altísima cerca, y empezó a buscar

un agujero por donde colarse; pero mientras se ocupaba en ello, oyó ruido.

Procedente del otro campo y en dirección a la barrera venía un hombre tan gigantesco como el que había visto en la playa. A Gulliver le pareció tan alto como un campanario. De cada paso avanzaba nueve metros.

Presa del terror más profundo, Gulliver emprendió veloz carrera ocultándose entre el trigo. Desde allí vió al gigante salvar sin dificultad la barrera, dar media vuelta y con voz que parecía el ruido del trueno, llamar a otros que quedaban sin duda en el campo vecino.

A su llamada acudieron siete gigantes más, llevando en la mano enormes hoces. Eran al parecer segadores, y después de haber afilado sus herramientas, empezaron a segar el trigo en que se ocultaba Gulliver.

Esto aumentó su sobresalto, y huyó tan deprisa como pudo de las temibles hoces; pero los tallos del trigo estaban tan cerca unos de otros

que a duras penas podía, a veces, pasar entre ellos.

Pronto llegó a un lugar en donde el trigo había sido doblado por alguna tormenta, y ya no le fué posible seguir adelante, porque a su alrededor estaban cerrados todos los caminos. Los tallos de la mies se hallaban de tal modo trabados entre sí, que, a pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió atravesar aquel nuevo obstáculo. Además, las aristas del trigo se clavaban en sus vestidos y le producían dolorosas heridas. Y cada vez se oía con mayor claridad el ruido de las hoces al segar.

Entonces fué cuando verdaderamente llegó a temer por su vida, y se arrepentió de no haber prestado oído a las súplicas de su mujer y amigos al rogarle que no se marchara.

El ris-ras de las hoces se aproximaba por instantes; y el pie de uno de los segadores estaba ya tan cerca de él, que a poco que lo moviera,

lo habría aplastado como a una sabandija; o bien la hoz lo partiría a cercen en dos mitades.

Gulliver se echó al suelo, pero en cuanto el enorme pie se movió, loco de terror comenzó a gritar pidiendo auxilio. El pie se detuvo, y el gigante se puso a mirar en derredor lleno de asombro, hasta que por fin, maravillado, divisó a Gulliver.

Con gran cuidado, como si temiera ser mordido, el gigante lo cogió con los dedos por los sobacos y lo levantó para verlo mejor. Gulliver no podía resistirse, y a pesar de que el gigante le oprimía las costillas hasta el punto de que apenas podía respirar, se mantuvo quieto, sintiéndose más indefenso que conejo en garras y dientes de comadreja.

A cada momento esperaba ser arrojado al suelo por el gigante, como se lanza a reptil o animal dañino que se quiere destruir. Y como se hallaba a unos veinte metros de altura, compren-

día muy bien que su caída, en caso de que el gigante lo soltara, sería para él mortal.

Por eso, aun siéndole casi imposible respirar, estaba todo lo quieto que podía. Pero el dolor que le ocasionaba la presión en las costillas llegó a ser tan intenso, que no pudiendo contenerse rompió a llorar, implorando misericordia con humildes palabras. Con gran asombro y alegría por su parte, el gigante pareció comprender que le hacía daño y quedaba muy agradablemente sorprendido al ver que tan pequeña criatura podía hablar, aun cuando, como es natural, no comprendió ni una sola de sus palabras. Manejándolo, por consiguiente, con más delicadeza, el gigante corrió hacia donde estaba su amo y le mostró a Gulliver.

El campesino lo miró con grandísima atención durante mucho rato. Levantóle los faldones de la casaca con una pajita, y le sopló en la cara con objeto de apartar de ella los cabellos y examinarlo mejor. Luego, poniéndolo en el suelo, el

labrador y sus hombres se sentaron en derredor formando círculo para observar atentamente sus movimientos, cosa que les produjo mucha risa.

Era mejor mostrarse atrevido, pensó Gulliver, y empezó a ir de una parte a otra con toda la tranquilidad que pudo fingir. Luego, dirigiéndose al labrador, a quien hizo una gran reverencia, le ofreció su bolsa en la que había algunas monedas de oro españolas.

El hombre la tomó en la palma de la mano, le dió dos o tres vueltas con la punta de un alfiler que tomó de la solapa, movió la cabeza como si quisiera decir que no comprendía nada y la devolvió a Gulliver. Este abrió la bolsa y haciendo un signo al labrador para que pusiera su mano en el suelo, vació en ella todo el oro.

Pero fué inútil. El labrador humedeció con la lengua la punta de su dedo meñique, y tocó las monedas que se pegaron al dedo, una después de otra. Como antes, movió la cabeza, no entendiendo lo que aquello significaba y se las devolvió.

Entonces el labrador ordenó a sus hombres que volvieran al trabajo; sacó su pañuelo del bolsillo y después de desdoblarlo lo extendió sobre el suelo, a fin de que Gulliver pudiera ponerse en el centro. Este lo hizo así y para más comodidad se tendió, mientras el labrador hacía dos nudos con las puntas y lo guardaba luego en su bolsillo para llevarlo a casa.

—¡Mira! — dijo a su esposa — ¡mira lo que te traigo!

Pero la mujer al verlo comenzó a gritar y retrocedió asustada, igual que si su marido hubiera intentado ponerle una araña en el cuello. Esto picó bastante el amor propio de Gulliver, pues siempre se había figurado ser hombre de muy agradable presencia.

Sin embargo, en cuanto llegó la hora de comer, la buena mujer desmenuzó algún alimento y se lo ofreció. Como Gulliver aceptara el ofrecimiento, en breve, con gran interés, se pusieron todos a observar la manera de comer. Tan satis-

fechos estaban, que llenaron el vaso más pequeño de que disponían con una especie de sidra y se lo ofrecieron.

Gulliver levantó el vaso con gran dificultad, (pues contenía la cantidad de líquido que puede ingerir un caballo de los nuestros) y bebió a la salud de la señora de la casa, a la que dirigió gran reverencia al dejar el vaso. Todos los que en la mesa estaban se echaron a reír de tan buena gana, que el ruido de las carcajadas casi ensordeció a nuestro héroe.

La mesa estaba a gran altura del suelo, casi a diez metros, y Gulliver tenía buen cuidado de no andar por la orilla, por miedo a caerse. Pero uno de los niños, al verlo, lo cogió por las piernas y lo mantuvo en el aire, mientras el pobre Gulliver temblaba por miedo de que le sucediera algo malo. Mas el labrador puso fin a este juego dando un par de bofetadas a su hijo.

Entonces Gulliver oyó rumor como de ronquido muy fuerte y desagradable. Volviendo la ca-

beza vió que era causado por enorme gato, que hacia *ron-ron* en la falda de su ama, y, a juzgar por el tamaño de la cabeza, debía ser, por lo menos, tres veces mayor que un ternero. Por su parte, el Micifuz, con sus grandes ojos amarillos observaba atentamente los movimientos del héroe, como si con él quisiera algo.

Este nuevo peligro alteró los nervios de Gulliver, pero creyendo mejor no manifestar miedo de ninguna especie, marchó directamente hacia la cabeza del gato y tuvo satisfacción muy grande al ver que no sólo retrocedía el animal cuando él avanzaba, sino que parecía muy asustado. También había perros en la habitación, animales mayores que elefantes, pero de ellos no desconfiaba tanto como del gato.

Después de comer, una nodriza trajo al niño menor que apenas tendría un año. Tan pronto como la criatura vió a nuestro hombre, manifestó deseos de que se lo dieran para jugar. La madre, irreflexivamente, accedió a ello y el niño hi-

zo ademán de llevárselo de cabeza a su boca, por lo cual, el pobre Gulliver exhaló tal grito de terror, que el niño asustado a su vez, lo dejó caer. Se escapó de la muerte por milagro, porque de no haber ido a parar a la falda de la madre, seguramente se hubiera desnucado en la caída.

CAPÍTULO II

GULLIVER ES EXHIBIDO POR TODO EL PAIS Y, POR ÚLTIMO, COMPRADO POR LA REINA

EL labrador se marchó de nuevo al campo a vigilar a sus trabajadores y dejó al cuidado de su esposa a Gulliver. Este, a causa de la excitación producida por tan extraordinarias aventuras como le habían sucedido, y lo mucho que había corrido para escapar, estaba sumamente fatigado. La mujer se percató de ello y lo puso en su propia cama, mueble enorme de unos veinte metros de ancho, que se hallaba a una altura de seis metros sobre el suelo. Allí lo dejó cubierto por uno de sus enormes pañuelos de bolsillo.

Gulliver se quedó muy pronto dormido, y soñó en su casa y en su mujer, lo que le puso muy triste al despertar.

Mientras estaba encima de la cama pensando en su patria, le llamó la atención un movimiento de las cortinas del mueble. Incorporándose sobre el codo, vió dos enormes ratas, tan grandes como mastines, que, sin duda, se habían encaramado desde el suelo por las cortinas y se perseguían una a otra sobre el lecho. Una de ellas acertó a pasar por su lado y, al ponerse Gulliver en pie con objeto de espantarla, el roedor saltó encima de él, poniéndole las patas delanteras sobre los hombros y preparándose a clavarle los dientes en el cuello.

Afortunadamente, Gulliver llevaba al costado su espada y desenvainándola con rapidez, hirió a la rata con toda su fuerza. Por gran suerte, el arma desgarró el vientre del animal que cayó desangrándose y herido de muerte.

La otra rata, que vió a su compañera mal he-



. Gulliver dió un tremendo sablazo en el lomo á una de las ratas

rida, emprendió la fuga, dando chillidos de terror; pero antes de que pudiera escaparse, Gulliver le dió un tremendo sablazo en el lomo, por donde salió un torrente de sangre. Luego midió la cola de la rata muerta, la que alcanzaba a dos metros aproximadamente.

Mientras se paseaba por la cama, un poco sobreexcitado por el combate, y vigilando, no fuese que volviera la segunda rata herida, entró la mujer del labrador y al verlo cubierto de sangre dió un grito, imaginando sin duda que estaba mal herido. Pero Gulliver, sonriente, le dió a entender por signos que nada malo le había ocurrido y le señaló el cadáver de la rata allí yacente. La mujer se alegró muchísimo al verlo sano y salvo. Una de las criadas cogió la rata con unas tenazas y la arrojó por la ventana.

Entre los hijos del labrador había una niña de unos nueve años de edad. Esta se aficionó de tal modo a Gulliver, que no estaba contenta sino cuando jugaba con él, y en estas ocasiones lo

trataba como si fuese una muñeca viviente. La primera noche que Gulliver pasó en casa del labrador, la niña le preparó la cuna de su muñeca y lo colocó en lugar elevado para tenerlo al abrigo de las ratas, que abundaban mucho en el pueblo. Aquella fué la cama de Gulliver durante su permanencia en casa del labriego.

La niña, muy hábil por cierto, se entretenía también mucho en hacer vestidos para él. Luego se los lavaba y algunas veces insistió para ponerse los con sus propias manos. Ella le enseñó además el idioma del país. Gulliver llamaba siempre a la niña «Glumdalclith», lo que, en su lengua, significaba «pequeña aya», y mientras él estuvo allí lo cuidó muy bien.

Entre los vecinos, no se hablaba de otra cosa que de la extraña y pequeñísima criatura hallada por el labrador en el campo. Gulliver era para todos una maravilla. Nunca se cansaban de relatarse unos a otros las últimas noticias; no cesaban de hablar de cuán domado estaba; de

que nunca trataba de morder ni de huir; de que poseía seguramente un lenguaje propio y que hasta había aprendido a pronunciar algunas palabras en el idioma del país; cuán bien proporcionado estaba, exactamente igual como un sér humano, aún cuando era tan extraordinariamente diminuto.

Uno de los vecinos era un hombre ya viejo y muy avaro, y una noche fué a ver a Gulliver. A tal hombre nada preocupaba tanto como el dinero y sólo se interesaba por los medios de obtenerlo. El fué la causa de las futuras malandanzas de Gulliver; pues así que lo vió, se puso a observarlo a través de sus anteojos de miope con atención tan grande, que no era difícil percatarse de que algún plan se fraguaba en su cerebro.

Al cabo de unos momentos dijo al labrador:
—Aquí teneis un gran medio de ganar dinero. Si fuérais a exhibir esta criaturita el próximo día de mercado e hiciéseis pagar a todos los que

quisieran contemplarla, seguramente ganaríais muy buenos cuartos. Centenares de personas pagarían con gusto por verla.

Gulliver comprendió que los dos hombres hablaban de él y a la mañana siguiente Glumdalclitch le explicó los planes de su padre. Ella estaba muy afligida, porque quería a Gulliver para sí sola; pero su padre se había dejado convencer por los argumentos del avaro

—¡Ta, ta, ta! — dijo cuando la niña fué a suplicarle que abandonara su propósito — vete, niña, y no me fastidies. No entiendes de esas cosas.

Glumdalclitch lloró tanto, que Gulliver quedó mojado como si lo hubiera atrapado un aguacero. Incluso las botas estaban empapadas de lágrimas.

La idea de que iba a ser tratado como un bicho raro de feria, le desagradaba muchísimo, pero no tenía más remedio que callarse.

El labrador no habitaba lejos de una gran ciudad, y el primer día de mercado, montó a caba-

llo con Glumdalclitch sentada en la grupa, sobre un almohadón.

La muchacha llevaba a Gulliver en una cajita, tapizada previsoramente con alguna ropa de la cama de su muñeca. Había una portezuela para que pudiera entrar y salir y también se habían hecho en la caja algunos agujeros para renovar el aire; mas, a pesar de todo, fué un viaje muy fatigoso. El caballo avanzaba casi doce metros a cada paso, y Gulliver, por lo tanto, sufría tremendas sacudidas que lo lanzaban de una a otra parte de la caja. Al fin acabó por sentirse enfermo. Era mucho peor que embarcarse por vez primera.

En la posada en que hicieron etapa, el labrador alquiló una gran sala. Luego mandó al pregonero anunciar a las gentes que se había hallado una maravillosa criatura, que podía ser vista en la posada del Aguila Verde, la cual era muy parecida a las personas y capaz de hablar algunas palabras, así como de hacer muchas

cosas divertidas. Gulliver vióse tratado con tan poco respeto como si hubiera sido un mono.

El viejo avaro tenía razón. La gente acudió por centenares a verlo y fueron tan numerosos los espectadores, que el labrador se negó a admitir más de treinta personas a un tiempo. Aún entonces, para contener la curiosidad, se vió obligado a hacer una valla de madera alrededor de la mesa en que Gulliver lucía sus habilidades. Una y otra vez, hora tras hora, tuvo que hacer ejercicios militares con su espada, hasta quedar medio muerto de fatiga.

Desde entonces, Gulliver ya no pudo gozar de reposo ni aún en casa del labriego. Muchos hombres con sus familias, venían desde gran distancia para verlo, y a cada visita debía hacer la misma reverencia, diciendo en la lengua del país:

—Señoras y caballeros, sed bienvenidos.

Y luego desenvainando la espada, hacía algunos ejercicios militares. Era trabajo ru-

dísimo, y el aire impuro de las habitaciones cerradas empezó a minar su salud.

Tanto dinero ganó su amo con estas exhibiciones y las del mercado, que pensó aumentar todavía sus ganancias yendo a la capital, que se hallaba a unas tres mil millas. Hicieron el viaje del mismo modo que la primera vez, es decir, el labrador a caballo y llevando a la grupa a Glumdalclitch, sentada sobre un almohadón; pero en esta caminata se había preparado una caja mejor acondicionada para Gulliver. Estaba completamente acolchada interiormente y además había una cama para que pudiera permanecer echado. La muchacha se ató la caja a su cintura.

En cada uno de los pueblos y ciudades por que atravesaban, Gulliver debía hacer una exhibición de su persona, de modo que cuando llegó a la ciudad, era ya poca cosa más que un esqueleto, agotado como estaba por el fatigoso ejercicio que debía practicar a cada instante.

Pero cuanto más dinero ganaba el labrador más quería. Por fin, Gulliver, se puso tan flaco, que su amo temió que se muriese. Esta hubiera sido pérdida muy considerable, y para evitarla, el hombre empezó a pensar en la conveniencia de venderlo antes de que estuviera imposibilitado para moverse.

Sucedió, a la sazón, que después de haber exhibido a Gulliver varias veces en la ciudad, la Reina del país oyó hablar de él a algunas de las damas de la corte y envió un mensajero al labrador, ordenándole que se presentara en palacio con Gulliver. Su Majestad, al verlo, sintió por él tal simpatía, que le preguntó si le agrada-
ría vivir en la corte.

Gulliver hizo una gran reverencia, y, muy cortesmente, repuso que si tuviera libertad de acción, nada sería para él más grato que dedicar su vida al servicio de tan hermosa dama. La Reina quedó muy complacida de sus palabras y preguntó al campesino si quería venderlo.

Este, muy astutamente, respondió que era hombre muy pobre, como podía ver Su Majestad, y que separarse de Gulliver significaba perder al mismo tiempo todos sus medios de subsistencia. Sin embargo, si Su Graciosa Majestad deseaba comprarlo, él no tendría inconveniente en venderlo por un millar de monedas de oro.

El trato fué cerrado muy pronto, y se convino también que Glumdalclitch se quedaría en palacio, al servicio de la Reina, para cuidar de Gulliver. El labrador, creyendo que éste no viviría un mes, marchó contentísimo de haber hecho tan buen negocio.

En adelante Gulliver gozó de reposo, y como esto era lo único que necesitaba, pronto recobró su salud.

Muchas fueron las discusiones y aun disputas entre los sabios de la corte, acerca de lo que Gulliver era en realidad, y cómo había podido vivir antes de ser hallado por el labriego. Lo veían excesivamente débil para defenderse él

solo de las acometidas de animales feroces, y con demasiada lentitud en sus movimientos para cazar ningún animal que pudiera servirle de alimento, aunque fueran ratas silvestres. Sin embargo, sus dientes demostraban que era carnívoro. ¿Cómo habría podido vivir hasta entonces?

Algunos arguyeron que se habría alimentado principalmente con babosas y con algunos insectos. Pero esta hipótesis fué rechazada con desdén por otros sabios, de manera que la disputa llegó a tomar ciertas proporciones.

Cada uno de ellos consideraba los argumentos de sus contrarios como indignos de ser contestados. Sólo estaban conformes en un punto: en que Gulliver no era un enano, porque el de la Reina, la persona de menos estatura que se había conocido en el país, tenía casi diez metros de alto, mientras la criaturilla que les preocupaba, medía escasamente un metro ochenta centímetros.

En cuanto a la explicación que dió Gulliver

acerca de su origen y de nuestro mundo, apenas la escucharon; sólo sonrieron despreciativamente.

—Es absurdo—dijeron—completamente imposible.

Finalmente emitieron su opinión, manifestando que tenían ante sí un capricho de la Naturaleza

CAPÍTULO III

VIDA DE GULLIVER EN LA CORTE Y ALGUNAS DE LAS AVENTURAS QUE LE OCURRIERON

EL Rey, sin embargo, se inclinaba a creer que había algo de verdad en lo manifestado por Gulliver. Se interesaba mucho por el muñequito viviente que la Reina comprara, y suplicó a su esposa que diera las oportunas órdenes para que se tuviese el mayor cuidado con él y que se previnieran todas sus necesidades

Se ordenó al ebanista de la casa real que hiciera una caja para habitación de Gulliver, y al cabo de tres semanas, de acuerdo con las instrucciones que se le dieron, el artesano presentó a los

Reyes una habitacioncita muy linda, provista de dos ventanas y una puerta. El techo podía abrirse cual tapa de una caja ordinaria y dentro del reducidísimo cuarto, se veía una cama, algunas sillas, una mesa y un armario diminuto para ropa, todo tan pequeño como los muebles de muñecas. La habitación estaba también acolchada por todas partes, a fin de evitar cualquier riesgo para su ocupante, cuando fuera trasladado de un lugar a otro.

A partir de esta época, Gulliver fué el favorito de la familia real, y en las comidas, su mesita estaba siempre colocada encima de la de la Reina, cerca de su mano izquierda.

Pero el favor de que gozaba, le costaba también algunos sinsabores. El enano de la Reina sintió celos por la atención que se prestaba a Gulliver, en menoscabo de la que él merecía y siempre procuraba hacerlo objeto de sus pesadas bromas, de las cuales, como es natural, Gulliver se vengaba con sátiras. Muy a menudo ha-

cía enfurecer al enano con las cosas que le decía, pues como todos los de poca estatura era hombre de muy mal genio. No podía sufrir que se burlaran de él.

En una ocasión, mientras todos comían, el enano estaba tan irritado por algunas de las mordaces palabras de Gulliver, que, encaramándose sobre un barrilete de la silla de la Reina, cogió a su enemigo por medio cuerpo, antes de que nadie pudiera impedirlo, y lo echó dentro de una gran fuente de crema. Gulliver se esforzó por salir; pero la crema era tan espesa que apenas podía moverse en ella. Tragando grandes bocados e irritado a más no poder contra el enano, trató de agarrarse al borde de la fuente, pero estaba tan resbaladizo que no pudo conseguirlo. Sobresaltada, la Reina, perdió la serenidad y comenzó a gritar en vez de ayudarlo. Gracias que Glumdalclitch no estaba lejos y lo salvó, pero no sin que Gulliver se hubiera tragado ya respetable cantidad de crema. En castigo de esta fecho-

ría, el enano recibió tremebunda paliza y fué condenado además a comerse toda la crema en que había echado a Gulliver.

Más adelante, el enano le jugó otra mala pasada. La Reina era muy aficionada a comer tuétano y para su cena tenía preparado un gran hueso. Sacó el tuétano y dejó el hueso en el borde del plato. El enano aprovechó la ocasión de que nadie miraba y Glumdalclitch estaba ausente. Saltó sobre el taburete en que se sentaba la niña para servir la comida a Gulliver, y cojiéndolo con ambas manos, le hizo unir los dos pies y lo introdujo dentro del hueso tan adentro como le fué posible.

De momento nadie se dió cuenta de lo que sucedía y Gulliver era demasiado orgulloso para pedir ayuda. Permaneció algunos instantes en aquella desagradable posición, luchando para salir, pero en vano. Por fortuna el hueso no estaba ya muy caliente; sin embargo, sus vestidos se estropearon por completo. Lo que le molestó

más, con todo, fué que los comensales rieran de buena gana al verlo en tan ridícula posición, y forcejeando para salir.

Después de esta hazaña del enano, la Reina se desembarazó de él, temiendo que por fin llegara a causar algún daño a Gulliver.

Vino el estío, y las moscas, muy molestas en el país, llegaron a constituir verdadera plaga para Gulliver, especialmente cuando comía. Aquellos insectos eran tan grandes como nuestras alondras; se colocaban encima de sus alimentos y zumbaban al lado de sus oídos, hasta ponerlo furioso, y algunas veces le picaban. En estas ocasiones maniobraba sin cesar con su cuchillo para matarlas y la Reina le dirigía cuchufletas preguntándole si sus compatriotas se asustaban de las moscas.

Cierta mañana espléndida y calurosa, Glumdalclitch puso la caja de Gulliver en la ventana para que tuviera más aire. El abrió sus ventanitas, y como encima de su mesa había un gran

trozo de empanada, acudieron avispas de todas partes, tan grandes como perdices y zumbando con más fuerza que una gaita. Algunas se llevaron grandes trozos de empanada y otras se pusieron a volar alrededor de su cabeza, mientras él aterrizado, temía que le clavarán su aguijón.

Furioso, por último, sacó su cuchillo y empezó a atacarlas. Hirió a cuatro avispas, matándolas luego con los pies, y las restantes huyeron por la ventana. Gulliver tuvo la curiosidad de arrancar el aguijón de uno de los insectos y medirlo. Llegaba casi a dos centímetros y medio de largo. Guardó cuidadosamente aquel aguijón, que llevó luego a Inglaterra, en donde forma parte del Museo de la Universidad de Cambridge.

Mientras vivió con la corte, Gulliver tuvo ocasión de ver muchas cosas curiosas del país. Se llamaba Brobdingnag, y la capital del reino, en que él vivía, Lorbrulgrud.

Era costumbre del Rey visitar hasta las par-



Con su cuchillo hirió a cuatro avispas, matándolas luego con los pies

tes más remotas de sus dominios, pero la Reina, a la que siempre seguía Gulliver, no acompañaba nunca a su consorte más allá de dos mil millas de la capital.

Brobdingnag, como supo Gulliver, constituía una gran península, separada del resto del mundo por una cordillera de montes de muchas millas de elevación, e imposibles de salvar por los muchos volcanes que ardían en sus cumbres. Como en Brobdingnag no había puertos de mar, las gentes de aquel país carecían absolutamente de relaciones con el resto del mundo e ignoraban la existencia de otras naciones en la tierra.

El país estaba regado por gran número de ríos, pero ante la desembocadura de cada uno de ellos, una barrera de arena impedía que cualquier buque pudiera aproximarse tanto como lo hizo el de Gulliver.

Aquellos ríos estaban llenos de peces enormes que servían de alimento al pueblo, pero no

se molestaban en pescar los del mar, porque eran iguales a los peces de los mares europeos y, por lo tanto, sobrado pequeños para servir de alimento.

Algunas veces, sin embargo, Gulliver los instaba para que comieran carne de alguna ballena pescada en la costa; mas no querían hacerle caso por hallarla muy mala, de manera que solamente la comían la gente pobre. De vez en cuando llegaban al mercado cestos con ballenatos, pero no obtenían gran venta.

Para viajar con la Reina, Gulliver tenía otra caja algo más pequeña que la que le servía ordinariamente de habitación. El la llamaba su camarote de viaje. Era cuadrada, con grandes ventanas en tres de sus paredes, cubiertas por reja de alambre para evitar el peligro de una caída. En la cuarta cara había dos ásas de hierro, por las que pasaba una correa que se fijaba en la cintura de una persona que montara a caballo. Todos los muebles de la habitación estaban atornilla-

dos al suelo y por la noche dormía en una hamaca fijada entre dos paredes.

De todos modos, no era cosa agradable. Por fortuna no eran muy frecuentes las ocasiones en que tuviera que emprender tales viajes. Su vida, en general, era muy tranquila, excepto por lo que se refería a su pequeñez, que, en aquel pueblo de gigantes y de cosas enormes, lo exponía a toda suerte de percances.

Muchos de los que le ocurrieron parecían absurdos; sin embargo, para él fueron muy serios. En una ocasión, el enano, antes de ser desterrado de la corte, viendo que Glumdalclitch lo llevaba al jardín, los siguió. Gulliver había sido puesto en el suelo para que paseara un poco y el enano se unió a él.

Pasaron por delante de unos manzanos enanos y Gulliver fué bastante irreflexivo para hacer alguna broma inocente sobre aquellos árboles, que tuvo el privilegio de enfadar al enano. No dijo nada por de pronto; mas aguardó oportuni-

dad favorable. Al poco rato, cuando Gulliver se halló precisamente bajo de uno de aquellos manzanos, su enemigo agarró una de las ramas y la sacudió haciendo caer una lluvia de frutos maduros. Una enorme manzana, mayor que una de nuestras calabazas de las más grandes, dió a Gulliver en la espalda y lo arrojó rudamente al suelo, dejándolo sin respiración casi. La caída no tuvo consecuencias desagradables, pero si la manzana llega a darle en la cabeza, el resultado quizá habría sido fatal.

Otra vez, Glumdalclitch dejó a Gulliver en un prado cubierto de hierba mientras ella se iba a pasear con su aya. Este empezó también a pasear pensando en su país, y en si podría ver de nuevo a su familia y amigos, sin darse cuenta de que el cielo se iba encapotando.

De repente, empezó a granizar y, antes de que pudiera guarecerse, fué derribado y magullado por el pedrisco. Durante algunos momentos permaneció inmóvil en el lugar en que había

caído fuertemente golpeado por el granizo. Por fin, con gran dificultad, se arrastró hasta lugar cubierto, bajo un limonero, en donde poco después lo halló Glumdalclitch

Durante varios días tuvo que permanecer en la cama a causa de los golpes recibidos. En aquel país todo era proporcionado como en el nuestro, y las piedras del granizo eran mucho mayores que las nuestras. Para enterarse bien de ello, Gulliver midió y pesó algunas de las que cayeron en otra tormenta.

Muchos, en verdad, fueron los accidentes que sufrió. En cierta ocasión paseando sólo se cayó lastimándose las rodillas, por haber tropezado contra la concha de un caracol oculto en la hierba. Otro día habiendo subido sobre un montoncito de tierra, se hundió de improviso en la madriguera de un topo. Con gran dificultad salió de allí lleno de tierra por todas partes, hasta en los bolsillos.

Los tordos, petirrojos y pardillos de Brobding.

nag, eran tan grandes, que no sentían ningún temor de Gulliver, y se aproximaban a él tranquilamente en busca de gusanos, orugas u otros animalejos. En cierta ocasión un tordo le arrebató un trozo de pastel de su mano; y si alguna vez Gulliver trataba de apoderarse de algún pájaro, aun los más pequeños, no vacilaban en atacarlo.

Una vez, sin embargo, con un garrote dió un palo a un pardillo, y lo atontó. Precipitóse sobre él y cogiéndolo por el cuello lo llevó triunfante hasta donde se hallaba Glumdalclitch.

Pero como el pájaro no estaba muerto volvió muy pronto en sí, y se puso a luchar desesperadamente para conseguir su libertad. Empezó a agitar sus alas con tal furia, que Gulliver casi no veía nada y gran trabajo le costó que no se le escapara. Gracias a uno de los criados, que al ver la lucha, le prestó su ayuda, logró apoderarse del pájaro, con el que tuvo para comer y cenar al día siguiente, hallándolo de gusto ex-

quisito. Era casi tan grande como uno de nuestros cisnes.

Pero uno de los accidentes más serios de que estuvo a punto de ser víctima, y que causó a todos sobresalto terrible, hasta el punto de que Glumdalclitch juró no separarse más de él, fué el siguiente:

El jardinero en jefe tenía un perrito faldero, que a pesar de no consentirse nunca a esta clase de animales que entraran en los jardines reales, él, de una manera u otra, consiguió seguir a su amo, sin que éste se enterase. Gulliver, a la sazón, había sido llevado al jardín, con Glumdalclitch, quien lo depositó en el suelo creyendo que estaba completamente a salvo de cualquier accidente desagradable.

El perro, sin embargo, iba husmeando por el suelo, tal vez buscando alimañas, y hallando el rastro de Gulliver lo siguió. Afortunadamente se trataba de un perro bien enseñado, pues en vez de devorar su presa, la cogió delicadamente y la

llevó a su amo, moviendo al mismo tiempo la cola con gran complacencia.

Cuando el jardinero vió al perro que depositaba a Gulliver a sus pies, tuvo un susto horroroso, porque nuestro héroe, a pesar de la delicadeza con que lo cogió el animal, había perdido ya el aliento, y durante un rato fué incapaz de pronunciar una sola palabra. El jardinero temía que hubiera sido mal herido por los dientes del can, y excusado es decir que, de haber ocurrido así, su colocación en palacio estaba perdida. Afortunadamente nada de esto sucedió, pues ni aun los vestidos de Gulliver sufrieron lo más mínimo. Éste suplicó a Glumdalclitch que no dijera una palabra sobre lo ocurrido, porque además de su deseo de no perjudicar al jardinero, que siempre había sido buen amigo suyo, se hubiera sentido humillado por las chirigotas que, sin duda alguna, le habrían dirigido por el percance.

Los relatados, son tan sólo algunos de los accidentes que le ocurrieron, pero Gulliver nunca



El perro llevó a Gulliver a su amo

dió cuenta a Glumdalclitch de cuán milagrosamente escapó de las garras de un halcón que lo apresó. Por fortuna llevaba entonces su espada y con ella hirió al ave de rapiña, hasta verse libre. Luego corrió a refugiarse bajo un árbol. De no haber tenido tanta sangre fría, indudablemente habría sido arrebatado y devorado.

CAPÍTULO IV

GULLIVER ES RAPTADO POR UN MONO Y SE SALVA MARAVILLOSAMENTE. TOCA LA ESPINETA ANTE EL REY Y LA REINA.

LA Reina gustaba de oír a Gulliver hablar del mar y de sus viajes, y le preguntó un día si sabía gobernar un bote y si creía que remar un poco sería ejercicio conveniente para su salud. Gulliver repuso que entendía muy bien el manejo de un bote, y que, si tal cosa era posible, nada sería para él tan grato como poder navegar.

Pero, añadió, en el caso de que se le facilitara un bote bastante pequeño para él, nunca se atrevería a navegar en los ríos de Brobdingnag. La

Reina repuso que era cosa fácil hallar un lugar en que pudiera entregarse a tal ejercicio, si él daba las necesarias instrucciones a los obreros que debían construir el bote.

En unos diez días estuvo listo un magnífico esquife, provisto de mástil y la correspondiente vela, así como de todo lo necesario para una embarcación de placer. La Reina quedó encantada al verlo y fué a enseñarlo, muy contenta, al Rey, quién dió órdenes para que se botara en una cisterna. Pero era sobrado pequeña y Gulliver no podía hacer uso de sus remos.

La Reina, entonces, imaginó un buen plan. Ordenó a un carpintero que hiciera una gran artesa, de muy poca profundidad, pero de unos cien metros de largo por veinte de ancho. Una vez construída, fué colocada en el suelo, a lo largo de la pared de una habitación que apenas se utilizaba en palacio, en donde dos criados podían llenarla de agua en menos de media hora. El estanque o depósito en cuestión tenía un

agujero en uno de sus extremos, para que fuese cosa fácil vaciarlo, y evitar de este modo que el agua se corrompiera.

Allí remaba cada día Gulliver con gran contento de la Reina y las damas de la corte que iban a pasar el tiempo contemplándolo. Algunas veces, para que pudiera navegar a la vela, con sus abanicos formaban una corriente de aire que impelía rápidamente la pequeña embarcación.

Pero tampoco con esta, al parecer, diversión poco peligrosa, pudo librarse de accidentes. En una ocasión el haya de Glumdalclitch que era mujer muy torpe, se preparaba a colocarlo dentro de la embarcación, cuando tuvo la mala fortuna de dejarlo caer. Por gran suerte, el cinturón de Gulliver se enganchó en un alfiler cuya cabeza salía del vestido del aya. De otro modo hubiera caído al suelo desde una altura de doce metros y se habría matado irremisiblemente.

Otra vez, en uno de los cubos en que llevaba el agua el criado encargado de llenar la artesa.

se introdujo, sin ser vista, una enorme rana. Echaron el agua en el estanque y nadie se percató del anfibio hasta que Gulliver estuvo navegando. El animal, buscando algo flotante en que descansar (como hacen los de su clase) vió el esqui-fe y trató de encaramarse en él y sin duda lo habría volcado, de no haber hecho contrapeso Gulliver en el lado opuesto. La rana saltó de una a otra parte de la embarción, hasta que Gulliver, con un remo, le golpeó fuertemente la cabeza y la arrojó de nuevo al agua.

Pero, sin duda, la vez en que corrió peligro más serio de todos cuantos escapó Gulliver, se debió a un mono que huyó de la casa de su dueño. Glumdalclitdh había dejado a su pupilo en la caja en que de ordinario vivía, y, para más seguridad, cerró con llave su propia habitación. El día era muy caluroso y las ventanas estaban abiertas de par en par.

Gulliver estaba sentado, muy pensativo, cuando oyó ruido como ocasionado por alguien que

hubiera saltado por la ventana y entrara en la habitación de la niña. Mirando cuidadosamente a través de la ventana de su caja, vió un enorme mono, tan grande casi como uno de nuestros elefantes, que, a la sazón, se divertía en quitar todas las cosas de su sitio, rompiendo algunas, saltando de una parte a otra con la mayor agilidad, y dando gritos de alegría a cada nuevo objeto que caía en sus manos.

Por fin, divisó la caja de Gulliver y fué a mirar su interior por una de las ventanitas. Nuestro héroe se ocultó debajo de la cama, pero el terror que sintió al ver que el mono introducía su mano en la habitacioncita, hizo que se moviera, y por esta causa fué descubierto por el animal. Si hubiera permanecido inmóvil, seguramente habría pasado inadvertido para el cuadrumano. Lo fué persiguiendo con su mano por el interior de la caja, hasta que por último pudo cogerlo por los faldones de su casaca y, a pesar de la resis-

tencia que oponía, pues se agarraba a todos los objetos, consiguió sacarlo de su retiro.

Quizás el mono creyó que Gulliver era alguno de su propia raza, porque empezó a mererlo muy cariñosamente y a darle golpecitos en la cara. Pero Gulliver se debatía con todas sus fuerzas y para dominarlo, el mono lo oprimió de tal suerte, que aquel se figuró tener todas las costillas rotas.

Mientras sucedía todo esto, se oyó ruido cerca de la puerta, como si alguien fuera a entrar; en el acto el mono saltó por la ventana llevando a Gulliver en una de sus manos. El ruido fué causado por la llegada de Glumdalclitch, quien, apenas se percató de lo que ocurría, se puso a gritar desesperada, de modo que, en breve, la alarma cundió por todo palacio.

Todos acudieron al lugar del suceso, dando órdenes contradictorias para apoderarse del animal. Entretanto, éste huyó al tejado, en cuya parte más elevada se sentó, llenando la boca de

Gulliver de nuez moscada que tenía en el interior de sus abazones y golpeándolo blandamente al ver que no quería comer. El pueblo que contemplaba desde abajo esta escena, se echó a reír, aún cuando la situación no era nada cómica para Gulliver, que estaba casi asfixiado por las cosas que el mono introducía por fuerza en su boca.

Entonces algunos hombres acudieron llevando altas escaleras, pero tan pronto como el mono advirtió que lo iban a coger, soltó su presa sobre las tejas y huyó gritando.

Gulliver quedó en situación terrible. Era muy difícil que pudieran llegar al lugar en que se hallaba y la elevación del tejado sobre el suelo de la calle, era tan grande (casi doscientos setenta metros), que se sentía mareado por el vértigo. El viento soplaba en fuertes ráfagas y llegó a temer que lo hiciera rodar por el declive del tejado lanzándolo a la calle, en donde se destrozaría sin remedio.

Uno de los hombres que acudieron en su auxilio, llegó, exponiendo su vida, al lugar en que se hallaba y metiéndolo en su bolsillo, lo bajó a la calle sano y salvo. Pero tal fué el terror que pasó en esta aventura, que se vió obligado a guardar cama varias semanas. Por orden de la Reina se dió muerte al mono.

Todos los cortesanos, en aquella ocasión, demostraron su simpatía a Gulliver, y muchos fueron los que se informaron cada día del estado de su salud. Pero en cuanto se halló restablecido, el Rey no pudo abstenerse de dirigirle algunas preguntas en broma, tales como si le gustaba el régimen alimenticio de los monos y si el aire fresco del tejado le había dado mejor apetito.

Gulliver tomó a mal estas chanzas y apoyando su mano en el puño de la espada, dijo con mirada terrible, creyendo que así impresionaría a todos, que si en aquella ocasión hubiera tenido al lado su buena espada, el mono habría recibido una lección que difícilmente hubiera olvi-

dado. Estas palabras las dijo en tono muy elevado, pensando demostrar con ellas su valentía, pero el único resultado que obtuvo, fué que, todos, desde el Rey al último cortesano, se rieran hasta saltárseles las lágrimas.

La familia real de Brobdingnag era muy aficionada a la música, y en palacio se celebraban frecuentes conciertos, ejecutados por la banda del Rey. El ruido que ésta hacía era insoportable para Gulliver, pues le destrozaba los tímpanos, y para gozar del concierto se veía obligado a meterse en su caja colocada en el rincón más distante de la sala de conciertos y allí, una vez cerradas las puertas y ventanas, los sonidos le resultaban más agradables.

Muy a menudo, Gulliver había deseado dar a Sus Majestades una audición de música inglesa. Por feliz casualidad en la habitación de Glumdalclitch existía una espineta (especie de piano antiguo) en la que la niña daba sus lecciones de música. Gulliver en su infancia había apren-

dido a tocar ese instrumento, e imaginó que tal vez le sería posible ejecutar algo en el de su aya.

Pero las dificultades eran muy grandes, porque la espineta de Glumdalclitch tenía dieciocho metros de latitud, y cada una de las teclas era de treinta centímetros de ancho, de modo que Gulliver no podía, desde un punto dado, llegar a más de cinco teclas. Además, para teclear, le era preciso golpearlas fuertemente con el puño. Esto requería trabajo enorme, y se obtenía muy poco resultado, de manera que, durante varios días, estuvo pensando en el modo de lograr su propósito.

Por fin resolvió hacer construir un par de largos punteros semejantes a tacos de billar, en cuyo extremo había una bola forrada de piel de rata para amortiguar la violencia y ruido de los golpes. Luego mandó colocar un banco ante el teclado a un metro veinte centímetros más abajo del nivel de las teclas. Sobre él se hizo subir y corriendo de una parte a otra con la velocidad

precisa, iba golpeando con sus porras las teclas necesarias para obtener el resultado deseado. Después de algunos días de práctica, estuvo en situación de tocar ante Sus Majestades algo que se parecía a una marcha inglesa. Los soberanos fueron lo bastante corteses para decirle que les había gustado mucho.

Gulliver vió que el ejercicio era demasiado violento y fatigoso, y no siguió dedicándose a la espineta, aunque, andando el tiempo, habría llegado a tocarla mejor. Por otra parte, el Rey se habría cansado también, probablemente, de asistir a más conciertos.

El pueblo de Brobdingnan no era aficionado a la lectura, a pesar de serles conocido el arte de la imprenta. Aun la biblioteca del Rey, que era la más importante del país, no contenía más allá de un millar de volúmenes. Cuando Gulliver comprendió regularmente el idioma, adquirió la costumbre de ir a menudo a la biblioteca, en donde un carpintero le había construído una es-

pecie de escalera de siete metros y medio de alto aproximadamente, en la cual podía permanecer a la elevación que le conviniera, y pasear cosa de diez pasos en cada uno de los escalones.

Cuando Gulliver deseaba leer alguno de los libros, el bibliotecario tenía orden de apoyarlo contra la pared, y colocar enfrente la escalera, de modo que el escalón inferior estuviera a unos tres metros de distancia del volúmen. Entonces Gulliver subía al extremo superior y yendo de una a otra parte, de izquierda a derecha, de cada escalón y luego bajando a medida que avanzaba en su lectura, leía una página, tras de lo cual, volvía a subir y así sucesivamente. De esta manera llegó a leer casi todos los libros de la biblioteca real, aprendiendo mucha historia de Brobdingnag, y enterándose de sus tradiciones. En una de éstas leyó que los actuales habitantes del país, aun cuando eran gigantes a sus ojos, comparados con los de las anteriores edades resultaban tan sólo unos pigmeos. Lo probaban,

según decían los libros, las enormes osamentas y esqueletos que frecuentemente se hallaban en todas partes del reino al practicar excavaciones.

Por aquel entonces a Gulliver se le rompió el peine y por lo tanto no podía peinarse con ninguna otra cosa, ni tampoco substituirlo. Por último acudió al barbero del Rey cuando acababa de afeitar al soberano y le pidió algunos de los pelos que cortó de la cara del último.

Entonces recogió unos cuarenta trozos de pelo, que eran largos y fuertes porque el Rey no acostumbraba a afeitarse más que dos veces por semana. Gulliver tomó luego un trocito de madera fina, le dió la forma del dorso de un peine, y le hizo agujeros con una aguja que Glumdalclitch le prestó. En ellos fijó los pelos de la barba del Rey y en cuanto los hubo afilado, haciéndoles punta, resultó del todo un utilísimo peine que usó durante su permanencia en Brobdingnag y aun llevó consigo a Inglaterra.

CAPÍTULO V

ULTIMOS TIEMPOS DE LA PERMANENCIA DE GULLIVER EN BROBDINGNAG Y CÓMO SALIÓ DE ALLÍ

HACÍA ya casi dos años que Gulliver se hallaba en Brobdingnag y estaba completamente acostumbrado a la extrañeza de tal situación; pero, sin embargo, no era feliz.

Aun cuando no había abandonado la esperanza de regresar algún día a Inglaterra, no dejaba de comprender cuán ilusoria era. El barco en que había venido era el primero, sin duda, que se aventuró por aquellos parajes y no existía ninguna probabilidad de que apareciese otro. No obstante, por lo que pudiera ocurrir, el Rey

dió orden de capturar la primera nave que pasara por aquellas costas y juntamente con su tripulación y pasajeros, se llevara a su presencia.

El Rey deseaba mucho que Gulliver se casara, si era posible, con alguna mujer de su estatura y nación, para que, de esta suerte se estableciera en Brobdingnag, sin preocuparle mucho el hecho de que estuviera ya casado en Inglaterra, como aquel le había manifestado.

Gulliver, sin embargo, estaba decidido a morir si era preciso, antes que tener hijos para que fueran llevados a través del país en jaulas, como si fueran canarios, o vendidos a las personas ricas como curiosidades o animales raros. Por esta razón empezó a desear más que nunca salir de aquel país y marcharse a Inglaterra a vivir con la esposa e hijos que allí había dejado. Ansiaba ver y hablar a gentes de su propia estatura; pasearse por campos o calles sin temor de verse aplastado por hombres enormes.

Por fin, salió de Brobdingnag de modo muy extraordinario.

El Rey y la Reina hicieron un viaje a la costa sur del país, y, como sucedía siempre en esas cortas excursiones, Gulliver y Glumdelclitch los acompañaban. Para este viaje se habían hecho algunas modificaciones en su caja, una de las cuales consistía en una ventana en el techo, que podía abrir a su placer, para que entrara el aire en caso de calor. También tenía una hamaca de seda colgando de uno a otro rincón de la habitación, a fin de dormir más cómodamente si la caja iba sujeta a la cintura de algún criado.

Mas a pesar de estas modificaciones, cuando llegaron a la costa, término de su viaje, Gulliver estaba fatigadísimo y también algo febril. Una vez más sintió añoranza de su patria y deseó ver de nuevo el océano, camino abierto y único para llegar a ella.

Fingió que su estado febril tenía más importancia de la que en realidad era y dijo que si lo

llevaban a la orilla del mar, tal vez las emanaciones salinas lo aliviarían.

A la sazón, Glumdalclitch tampoco se sentía muy bien, y por esta causa no lo pudo llevar a la orilla por sí misma. Así, pues, dió la cajita a un paje suplicándole, con lágrimas en los ojos, que vigilase cuidadosamente. El muchacho llevó la caja a la orilla y la puso sobre la arena.

Gulliver estaba sentado, contemplando tristemente a través de su ventana la arena amarilla y las rocas que lo separaban del agua, por la que su espíritu viajaba hasta llegar a la patria querida, que temía haber perdido para siempre.

Muy entristecido por sus pensamientos, dijo al paje que iba a sestar en la hamaca, y tan pronto como se hubo tendido, el muchacho cerró todas las ventanas y tal vez se fué a coger nidos.

Gulliver no pudo saber nunca lo que ocurrió.

No hacía mucho rato que dormía, cuando fué despertado por una sacudida violenta de su ca-

ja, seguida por la sensación de que era elevado en el aire a gran velocidad. La caja no sufrió ninguna otra sacudida. El movimiento, si lo había, era completamente suave.

Gulliver se echó a gritar con todas sus fuerzas, pero no obtuvo la menor contestación. Se precipitó a las ventanas, pero no vió más que cielo y nubes.

Encima de su cabeza se oía un ruido como de batir alas. Por esta razón creyó que mientras el paje estaba ausente, alguna enorme águila debió pasar cerca del suelo y apoderarse de la caja agarrándola con el pico por la anilla del techo.

Pronto, el ruido de las alas fué más fuerte y rápido, y la caja empezó a balancearse de una a otra parte con tanta violencia, que Gulliver vió-se precisado a agarrarse a la hamaca para no caer. Luego sintió dos o tres furiosos golpes, como si el águila que lo llevaba hubiera sido atacada por otra, y de pronto se sintió caer, cada

vez más abajo. Esta horrorosa sensación duró tal vez un minuto, y, luego, tuvo lugar un choque espantoso, seguido por una oscuridad profunda.

Pocos segundos después reapareció la luz y Gulliver pudo darse cuenta de que estaba flotando en el mar con su caja en posición vertical, gracias, sin duda, a que la plancha de hierro del fondo y su propio peso, así como el de los muebles, la había mantenido en esta posición, haciéndola hundirse lo suficiente para impedir que se volcara. Pero la obra de carpintería había sufrido mucho con la caída y el agua empezó a entrar en abundancia.

A pesar de ello, Gulliver no tuvo mucho trabajo en tapar las vías de agua. Luego abrió la ventana para que penetrara libremente el aire. Durante algunas horas permaneció sentado, comprendiendo que al cabo de poco rato moriría como rata en ratonera. ¡Cuánto hubiera dado entonces por que Glumdalclitch lo salvase!

Después de muchas horas, cuando ya deseaba que la muerte acabara con su desesperada situación, oyó un ruido extraño, como de algo que rozara la caja por la parte exterior. Luego ésta, como si hubiera sido arrastrada, hizo tan brusco movimiento, que el agua alcanzó el extremo superior de las ventanas.

—¿Qué podría ser?—pensó Gulliver.

Subió sobre una silla y sacando un palo en cuyo extremo había puesto su pañuelo, se puso a gritar con toda su fuerza, pero inútilmente, porque no recibió ninguna respuesta.

Siguió la sensación de que la caja era remolcada. El agua se deslizaba rápida por la parte exterior de las ventanas, cuando de pronto chocó contra algo muy duro. Luego se oyó un ruido como si pasaran un cable por la anilla del techo y Gulliver comprendió que era izada a cierta altura. Además ya no veía el mar por la ventana.

—¡Socorro!—gritó Gulliver.

Y de nuevo sacó su pañuelo por la abertura

del techo. Entonces oyó que decían en inglés.

—¡Suelta! ¡Ahora!

Gulliver tuvo grande alegría al oír de nuevo hablar en su propio idioma.

Una vez acabada la maniobra, el capitán que dió la voz de mando, lo invitó a que se tranquilizara, pues se hallaba al lado de un buque inglés. Vino luego el carpintero a practicar una abertura por donde pudiera salir.

—No hay necesidad de ello—observó Gulliver—decid a uno de vuestros hombres que pase su dedo índice por la anilla del techo y levantando la caja la lleve a cubierta. Entonces podré salir con la mayor facilidad.

No pensó Gulliver en que no se hallaba ya en Brobdingnag, sino entre gentes de su propia estatura.

Llegó el carpintero y abrió un ancho boquete en el techo, por el que se introdujo una escalera. Gulliver subió por ella sintiéndose débil y cansado en extremo. Su caja flotaba al lado de un

barco, cuya tripulación, por medio del cabrestante, había tratado de izarla a cubierta pero sin conseguirlo.

Fué muy bien recibido a bordo, y el capitán, así como toda la tripulación, juzgando por sus palabras que estaba loco, le dieron un poco de aguardiente y lo mandaron a dormir.

Después de un buen sueño, Gulliver fué a cubierta en donde vió que la tripulación había sacado de la caja todos los objetos de su propiedad y después de haber cortado la madera que podía ser de utilidad a bordo, abandonó a las olas el resto, que se hundió.

Una buena cena reanimó mucho a Gulliver. En cuanto estuvo solo con el capitán, éste le preguntó por qué accidente se hallaba en alta mar dentro de aquella caja. Díjole también que hacia el mediodía había visto flotar algo en el mar y que mandó un bote a ver lo que era. Los hombres, a pesar de comprender que se trataba de

una casa flotante, no se atrevieron a tocarla y regresaron al buque.

Luego el capitán fué en persona en el bote y después de haber dado varias vueltas alrededor de la caja, ordenó finalmente a sus hombres que pasaran un cable por el asa lateral y la remolcaran al buque. Entonces vieron su pañuelo y oyeron sus gritos pidiendo socorro.

Gulliver preguntó si había visto una o dos enormes aves volando por el espacio, al tiempo de divisar la caja por vez primera. El capitán repuso que había visto tres águilas, pero no mayores que de costumbre.

—¿A qué distancia estamos de tierra?—siguió preguntando Gulliver.

El capitán repuso, que según sus cálculos, a más de trescientas millas de la costa más próxima. Gulliver le aseguró que debía equivocarse porque cuando cayó al mar, no hacía dos horas que se hallaba en tierra. Al oír esto al capitán lo miró de un modo muy particular y lo invitó a

que se acostara, figurándose que Gulliver estaba delirando.

Entonces éste relató toda su historia desde que salió de Inglaterra. El capitán estaba asombrado en extremo y escuchaba atentamente sin decir palabra. Pero cuando Gulliver le enseñó varias cosas que tenía, procedentes de Brobdingnag, como el peine hecho con los pelos de la barba del Rey; una colección de alfileres, cada uno de los cuales medía treinta centímetros de largo; algunos aguijones de avispas; un peine de la Reina; una sortija de oro que un día la soberana le puso en el cuello y otras muchas cosas, entre ellas sus pantalones, hechos de la piel de una rata, ya no le fué posible dudar de la verdad de sus palabras.

Gulliver ofreció al capitán la sortija de oro, pero éste no quiso aceptarla, y tomó tan sólo una muela que cierto dentista arrancó un día por equivocación a uno de los pajes de la Reina, en lugar de otra que tenía cariada. El capitán se

encaprichó mucho con ella, pues medía 'aproximadamente treinta centímetros de altura por diez centímetros de grueso.

Nueve meses después de la llegada de Gulliver a bordo, la nave ancló en la costa inglesa. Transcurrió mucho tiempo antes de que se acostumbrara de nuevo a las dimensiones, no sólo de las personas, sino de los edificios y demás cosas, hasta el punto de que al desembarcar estuvo a punto de pelearse varias veces, porque en cuanto veía venir a alguien en dirección contraria, le gritaba como hacía en Brobdingnag:

—¡Eh! ¡Dejad el paso libre!

—¡Dejadlo vos, impertinente!—le contestaban.

Y de aquí nacían las disputas.

A Gulliver le parecían sus compatriotas tan pequeños, acostumbrado como estaba a ver solamente brobdingnagianos, que siempre tenía miedo de aplastarles por inadvertencia.

Su conducta era tan extraña, que hasta su mujer e hijos se figuraron que estaba loco.

Pero no tardó en recobrar sus maneras habituales y al salir de su país nuevamente, ya era como todo el mundo.

Estos son los únicos viajes que hizo Gulliver. Después de ellos vió también muchas cosas sorprendentes, pero estas nuevas aventuras ya las leeréis cuando seáis mayores.



